

# La Esfera

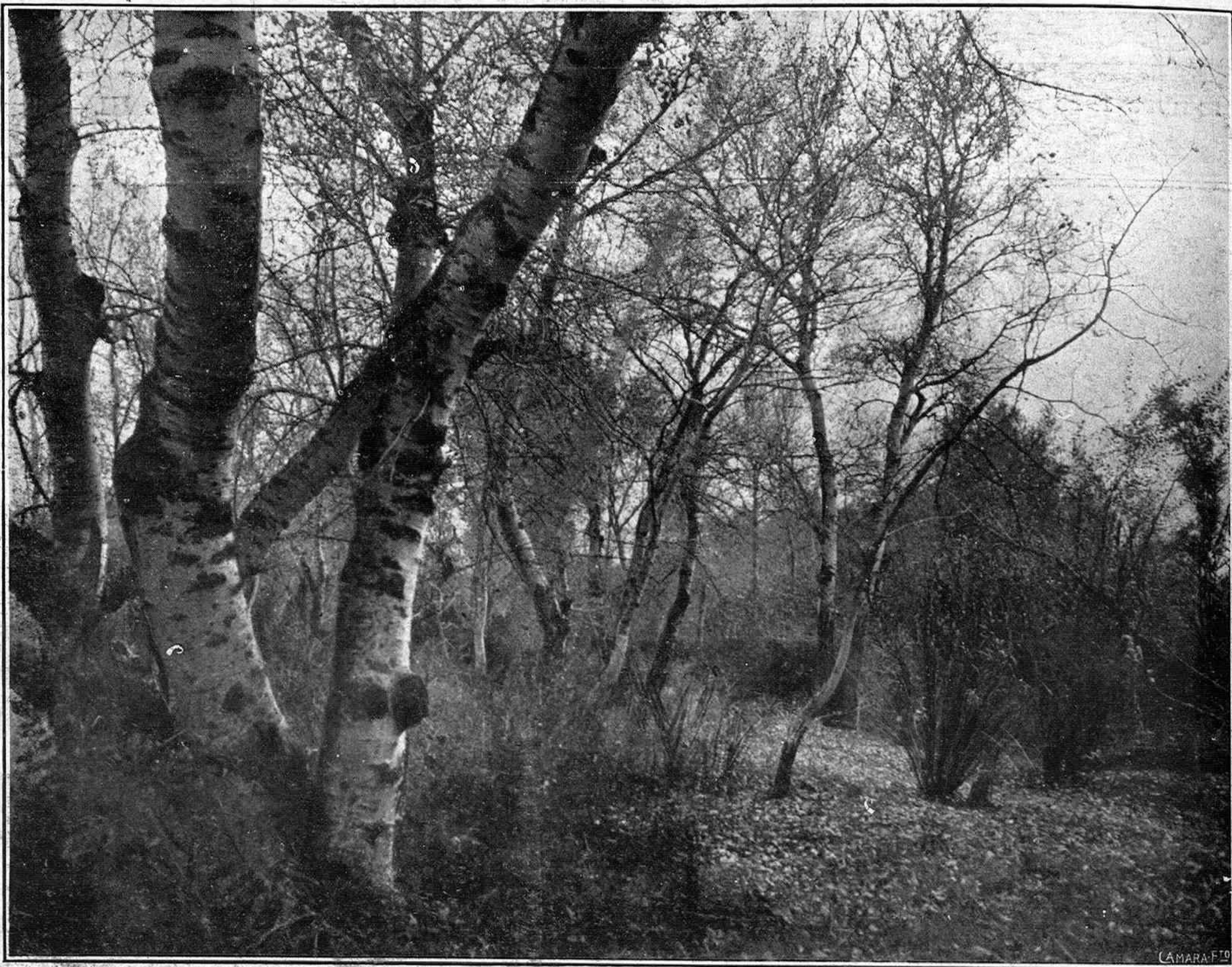
4 Noviembre 1916

Año III.—Núm. 149

ILUSTRACION MUNDIAL



DAMA ESPAÑOLA, retrato por Gil Bergasa



CAMARA-FOTO

DE LA VIDA QUE PASA

# Parálisis progresiva

**E**STÁN abiertos ya todos los teatros, si se exceptúa el Regio; abiertas se hallan también las Cortes; en discusión proyectos que interesan al porvenir social y económico de España; círculos y ateneos son prodigios en conferencias y programas; los periódicos traen interesantísimas informaciones sobre la guerra y sobre otros crímenes que al lado de la guerra son travesuras de muchacho. Se amontonan los libros de ciencia y de literatura en los escaparates; la crítica teatral da cuenta minuciosa de las obras que se estrenan, de las que se estrenarán y aun de las que gestan con dificultoso embarazo en el cerebro de sus autores.

Un cielo de purísimo azul se tiende sobre los madrileños; bajo ese cielo brilla un sol estival; el aire es tibio. En las horas centrales del día, cuando pasa uno bajo los árboles, que las hojas perezosas no abandonan aún, cree vivir la primavera. Hace falta que las nieblas matinales nos enfríen el rostro y que las bajas temperaturas de la noche nos obliguen a subir hasta las orejas el cuello del gabán para recordar que estamos en otoño.

Pero ¡qué otoño! El hermoso otoño madrileño á ningún otro comparable; el de las tardes acariadoras; el de las mañanas donde el madrugar no es molestia, sino placer; el de los atardeceres y las noches propicios á la diversión y al deleite, al estudio y á las meditaciones.

No falta nada en este otoño para que Madrid haga la vida que hizo otros, bullanguera y alegre, pródiga en emociones, en actividades de

toda índole; por decir estoy, que nunca ofreció mayores atractivos á la curiosidad y al interés públicos una «temporada invernal» que nos ofrece ésta. Hasta los ladrones, aprovechando las lecciones del «cine», nos brindan «novedades» extraordinarias en el género que cultivan.

El problema de las subsistencias, irguiéndose amenazador en las viviendas, no sólo de los pobres, sino de quienes disfrutan un decoroso bienestar, solicita la atención y el recelo de los que padecen el daño y de los que deben acudir á su pronto remedio.

Se celebran mítin; se busca por los gobernantes la mejor manera de llegar á la evitación de los males que se avecinan. Pero los oradores en los mítines, y los gobernantes en sus despachos, no recogen aquellos alientos cálidos de opinión tan necesarios al buen logro de cualquier empresa. Los españoles prefieren morir pacíficamente de hambre, en familia, á unirse, á sumarse en un común esfuerzo, reclamando con energía lo que los oradores piden en locales faltos de oyentes y los gobernantes bosquejan, con lentitud desesperanzada, en sus despachos, donde ningún impulso alentador llega.

Quiere imponerse á ciertos industriales, únicos que se benefician con la guerra, mínima contribución sobre sus beneficios, que son sencillamente enormes; se niegan esos industriales á satisfacer exigencia tan justa y el ministro de Hacienda ha de combatir de solo á solo con los plutócratas, sin que vaya la opinión indignada en su apoyo para imponerse á los negociantes

que, á trueque de llenar sus arcas, ven con satisfacción la matanza europea y niegan un insignificante auxilio á la miseria patria.

No hace muchos días, los hermanos Quintero llevaron al escenario del teatro de la Princesa la *Marianela* de Galdós. Tratábase de un homenaje al anciano maestro. Se le aplaudió la noche del estreno; pero al día siguiente nadie, excepción hecha de los periódicos y de la gente del oficio, se ocupó del acontecimiento. La labor noble de los Quintero, la figura gloriosa del autor de los *Episodios Nacionales* se borró ante la reseña de los seis toros muertos en Zaragoza por Joselito «el Magno».

Este, el de los toros, es el único acicate capaz de sacudir los nervios de los españoles. Si acaso el robo de Correos les entretendrá algunos días, pocos; pero ante los graves sucesos nacionales é internacionales, ante las manifestaciones científicas y artísticas, ante el problema social, cada día más amenazador, y ante el hambre colectiva, cada día más próxima, nadie se conmueve ni se mueve.

El pueblo español lo ve todo, lo escucha todo, con indiferencia faquiriana.

Dijérase que, convencidos de nuestra impotencia para resurgir como nación y como humanidad, aguardamos la muerte con la resignación estúpida propia al parálítico y al abúlico.

JOAQUÍN DICENTA

FOTOGRAFÍA DE CAMPÚA

# NOTAS DE LA GUERRA



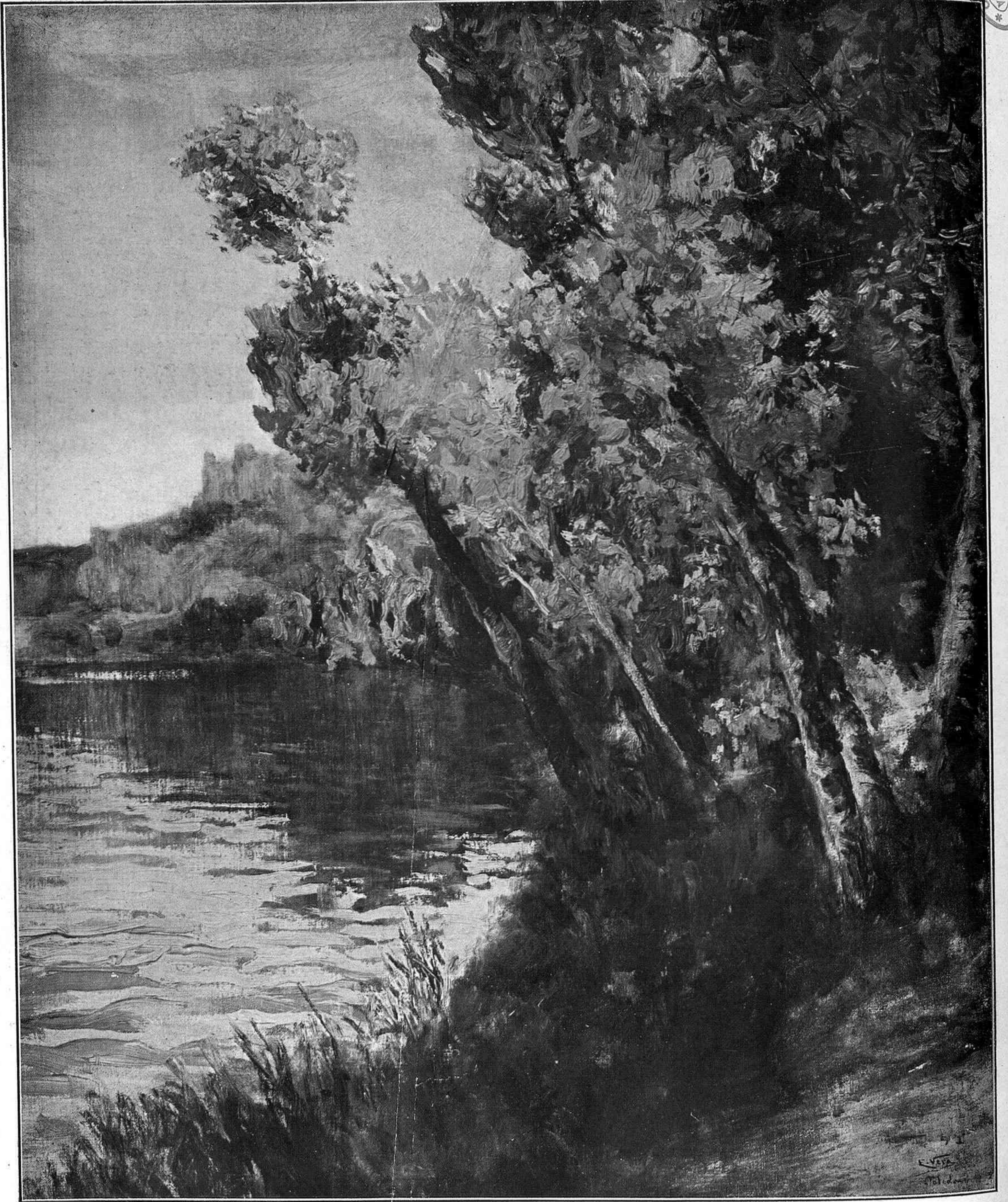
ATENEODE  
BIBLIOTECA

EL ZAR DE RUSIA, NICOLÁS II, CON EL TRAJE DE CORONEL DEL SEGUNDO REGIMIENTO DE DRAGONES, INGLÉS, CUYO CARGO HONORARIO LE HA SIDO CONFERIDO RECIENTEMENTE

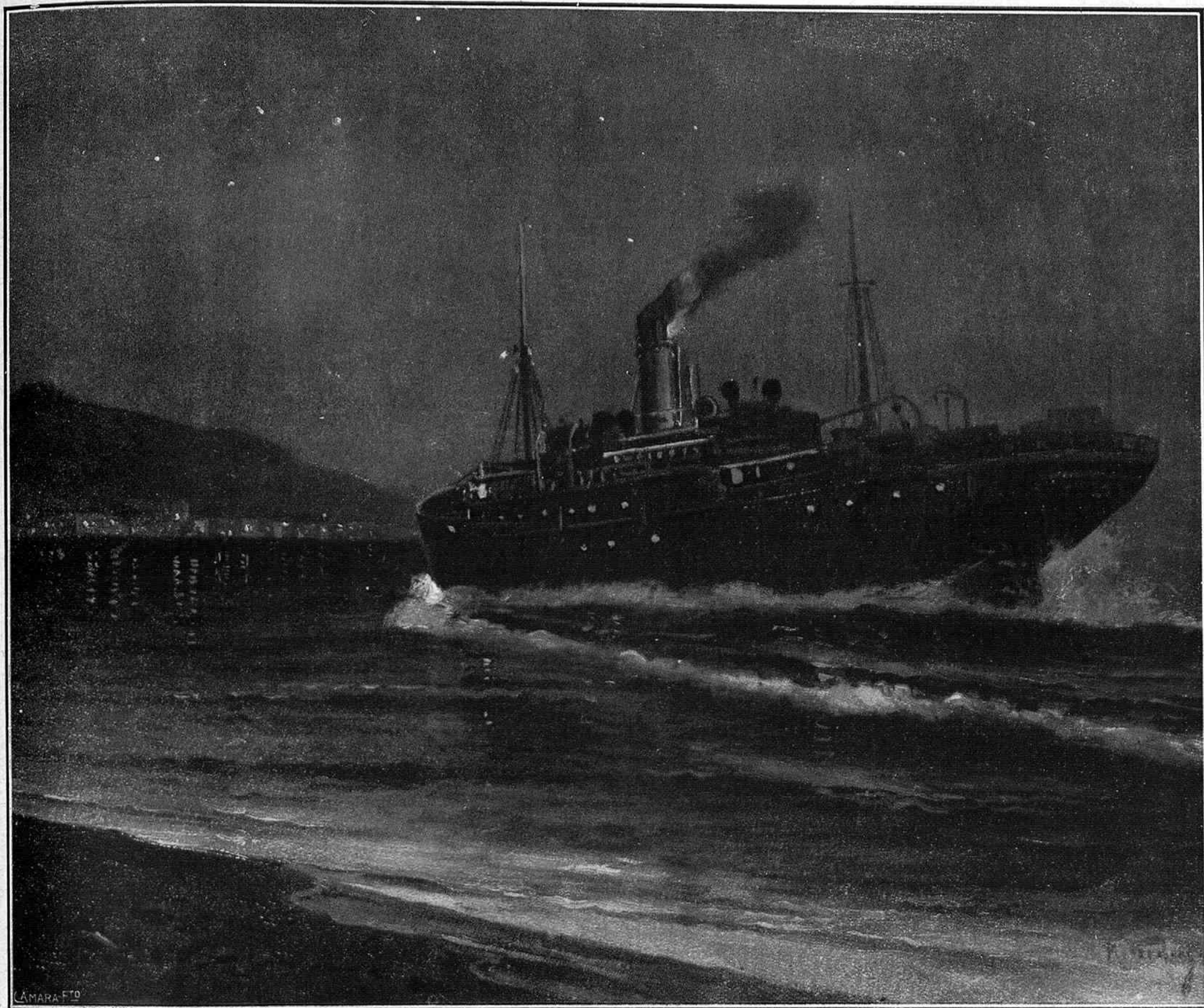
DIBUJO DE CLARK

LA ESFERA

# ARTE CONTEMPORÁNEO



OTOÑO, cuadro de Enrique Vera



## La canción del regreso

Alejado de tí, patria querida,  
 te embelleció el recuerdo, y mi cariño  
 soñó que era la tierra prometida,  
 la pobre tierra en que jugué de niño.

Aspiré la nostálgica fragancia  
 de candor y bondad que me ofreciste  
 y hoy vuelvo á tí, donde rió mi infancia,  
 á derramar mi llanto de hombre triste.

Y por hacer un alto en el camino,  
 tan largo, tan penoso, tan desierto,  
 llego con mi bordón de peregrino  
 á buscar en un árbol de mi huerto

y en el hogar de mis progenitores,  
 dos consuelos, de sombra y de tibieza,  
 ¡para el sol estival de mis amores  
 y para mis inviernos de tristeza!

En una noche azul y majestuosa  
 fué una línea de luces la bahía,  
 ¡como una dentadura luminosa  
 que, viéndome llegar, me sonreía!

Pero llegué á tus playas, y me pesa,  
 porque te vi más bella en lontananza;

no hay dádiva que valga una promesa  
 ni realidad mejor que una esperanza.

Vago por mi ciudad; voy conociendo  
 nuevamente lo que antes conocía,  
 y en los rostros amigos descubriendo  
 una expresión de tedio que no había.

De repente, hallo trunca una calleja;  
 hay una casa medio derruida,  
 y está sin flores la herrumbrosa reja,  
 y no asoma mi bella prometida.

La vieja casa en que nací, no es mía;  
 por lances de fortuna fué á otro dueño:  
 ¡Ya no es la que era un tiempo, mi alegría,  
 ya no puedo dormir el mismo sueño!

Ya no puedo dormir, porque me agobia  
 de revivir mi vida la locura:  
 ¡Mi otra vida, con besos de la novia,  
 sin vanidad y sin literatura!

Y estoy triste, y mi madre con cariño  
 me repite de Dios el santo nombre:  
 mi madre que aún me quiere como á un niño,  
 sin comprender mis inquietudes de hombre.

Y mi padre, mi padre que me adora,  
 puritano, severo, moralista,  
 sufre, maldice, se avergüenza y llora  
 por mi amoral sensualidad de artista.

Todo está igual y todo diferente,  
 entre el ayer y el hoy hay un abismo...  
 ¿Es que cambió de espíritu mi gente  
 ó es que mi corazón ya no es el mismo?

Es que ha pasado Cronos, y su paso  
 dejó huella en los seres y en las cosas,  
 surcó de arrugas una tez de raso  
 y se llevó el perfume de unas rosas.

Y me llenó la mente de verdades,  
 y me cubrió de canas la cabeza,  
 y al verde fruto de mis mocedades  
 le dió la madurez de la tristeza.

De noche entre la sombra que me envuelve  
 mientras mi vida hacia la muerte avanza,  
 lloro por el pasado que no vuelve  
 y siento que se aleja la esperanza.

Todo lo que llevé ya no lo traje  
 al regresar hacia la patria mía:

¡Mi pobre corazón perdí en el viaje  
 y sigo estando lejos todavía!

Mi pobre corazón sin inocencia,  
 que saboreó la bíblica manzana,  
 á la sombra del árbol de la ciencia  
 en el jardín de alguna cortesana.

Y volveré á partir, tal es mi vida,  
 á la inquietud de mi ambición me inmolé,  
 cerca ó lejos de tí, patria querida,  
 siempre triste he de estar y siempre solo.

Siempre llorando por las mismas penas,  
 por el Perú suspiro en tierra extraña;  
 dice—¡Italia!—la sangre de mis venas  
 y aquí mi corazón me grita: ¡España!

Cara á lo ignoto marchó decidido,  
 para volver á tí cuando perdido  
 haya la certidumbre de ser fuerte,  
 á esperar en la cárcel de tu olvido  
 la libertad suprema de la muerte.

FELIPE SASSONE

DIBUJO DE R. VERDUGO LANDI

LO QUE FUE  
**CONFLICTO INTERNACIONAL**

(DE LAS MEMORIAS DE UN GACETILLERO)

**P**ARA graves preocupaciones diplomáticas, para sacudimientos enérgicos de la opinión española, los que registra la crónica de los meses de Agosto y Septiembre de 1885. Todavía estaba el país bajo la pesadumbre de la epidemia de cólera morbo, que no calmó su furia sino cuando la entumecieron los fríos invernales, veíase á todo el mundo mohino por los desastrosos sucesos de aquel período, cuando empezó á circular una noticia que puso en tensión los nervios del país. Los alemanes, se dijo, nos han arrebatado las islas Carolinas y ya sobre ellas ondea la bandera teutona.

Las referencias eran fragmentarias y confusas. Se hablaba de que el capitán Capriles había mantenido valerosamente los fueros de España, que al fin se había impuesto nuestro indiscutible derecho, pero que el agravio era patente. Materia tan delicada como la de un conflicto internacional se entregó á las disputas de los hombres poco ó nada enterados, y en los Círculos políticos, en los Casinos, en los cafés, en oficinas y talleres, en salones aristocráticos y en refugios de menesterosos, se puso el paño al púlpito para desde él lanzar arengas fogosas; la pasión quitó el sitio al razonamiento; los arrebatos y las mentiras se unieron en alborotado consorcio, y en pocos días se armó una tremolina que estuvo á punto de dar en tierra con lo más encumbrado y poderoso.

Hubo germanofobia general; al solo nombre de Alemania los más pacíficos sentían en sus venas ardor belicoso y se hablaba de ir á la guerra y desafiar las águilas imperiales, como de la más sencilla y justificada empresa. El Gobierno, que estaba un poco alicaído, porque era, en verdad, el rigor de las desdichas, notó que el movimiento patriótico podía terminar en algo muy grave, y todo se le volvía acudir á los circunloquios é indecisiones.

Los demócratas de todos los matices se pusieron á la cabeza de aquel movimiento, á la vez que le favorecían también los carlistas y ultramontanos. El día 23 de Agosto hubo una manifestación pública muy numerosa. Se formó en el Prado, subió por la calle de Alcalá, y al llegar frente al edificio de la Presidencia, unos cuantos ciudadanos enardecidos pidieron que se izase la bandera nacional en la residencia del jefe del Gobierno. Este se negó, mandando que se cerraran las puertas del palacio; la muchedumbre mostróse dispuesta á que se cumpliera su voluntad. Uno de los manifestantes se encaramó por las verjas del piso bajo, llegó á los balcones del principal y puso en el asta un lienzo con los colores amarillo y rojo, que al flamear fué acogido con clamores delirantes.

Apareció la Guardia civil y súbitamente recobramos la tranquilidad. Digo recobramos porque



JOSE VALLES

yo iba en el cortejo dando mis correspondientes vivas. Con el restablecimiento del sosiego pudo seguir el desfile por las calles de Sevilla y Príncipe, hasta dar en el Círculo Militar. Desde este Centro dirigieron la palabra á los congregados D. Cristino Martos y D. Manuel Becerra, quienes nos aconsejaron prudencia.

Para demostrar que la teníamos nos disolvimos, pero llevando cada cual dentro del pecho la llama de la indignación, que no tardó en exteriorizarse. En efecto, el 4 de Septiembre, que era, por más señas, viernes, día aciago, se dió cuenta oficialmente de que los alemanes habían ocupado la isla de Jap. En toda la jornada no cesaron los cuchicheos, las agitaciones, el desasosiego. En los centros políticos la inquietud fué enorme; los republicanos conspiradores creyeron que era llegada la ocasión de dar la consabida batalla, y el Gobierno tomó disposiciones preventivas. Entre dos luces empezaron á vocearse *El Resumen* y *El Correo*, que eran entonces, con *La Correspondencia de España* y *El Progreso*, los diarios populares nocturnos. El público leía en medio de la Puerta del Sol las noticias del transcendental suceso. De pronto se formó un grupo de cincuenta ó sesenta hombres que, al cabo de unos minutos, lograron la solidaridad de algunos millares. Un vocerío extraordinario atronó el espacio. ¡Vi-



CRISTINO MARTOS

va España! ¡Muera Alemania!, gritaban muchos. La imponente manifestación, después de agitarse por la anchurosa plaza, empezó á dividirse, siguiendo á varios capitanes improvisados que agitaban banderas. Unos se fueron hacia la embajada de Alemania, otros á casa del general Salamanca y otros á la Presidencia. Los que fueron á la calle del Amor de Dios, donde vivía el representante del Emperador Guillermo, se apoderaron del escudo de la Embajada y lo arrastraron en señal de protesta. Los que fueron á la calle de Fuencarral, donde tenía su morada el general Salamanca, vitorearon á éste porque manifestábase muy decidido á resoluciones muy radicales. Los encaminados á la Presidencia dieron pronto con la eficaz Guardia civil. A la hora de iniciados los disturbios, la fuerza pública pudo refrenarlos, y si llega á salir oportunamente, de seguro los hubiera impedido.

Con los sucesos de aquella noche no se calmaron del todo los ánimos. Siguió la excitación patriótica, se abrieron suscripciones para barcos, como si adquirir un barco de guerra costase lo mismo que comprar una chuchería; á diario nos denunciaron los periódicos; en los Clubs se dió por muertas á las instituciones; pero al fin los enconos se borraron; el Papa fué designado árbitro; Alemania emendó su error y después, transcurrido el tiempo, vendimos con gran indiferencia



MIGUEL CEPILLO

aquellas islas Carolinas, que estuvieron á punto de provocar una revolución.

Durante aquellos días turbulentos murió Posada Herrera, prototipo de los políticos sagaces, más aficionados á la habilidad que fervorosos por las ideas, y se inauguró la Escuela modelo de la plaza del Dos de Mayo, que tardó en construirse unos cuantos años. Sabido es que entre nosotros las Escuelas se construyen muy despacio y las Plazas de Toros con la mayor rapidez.

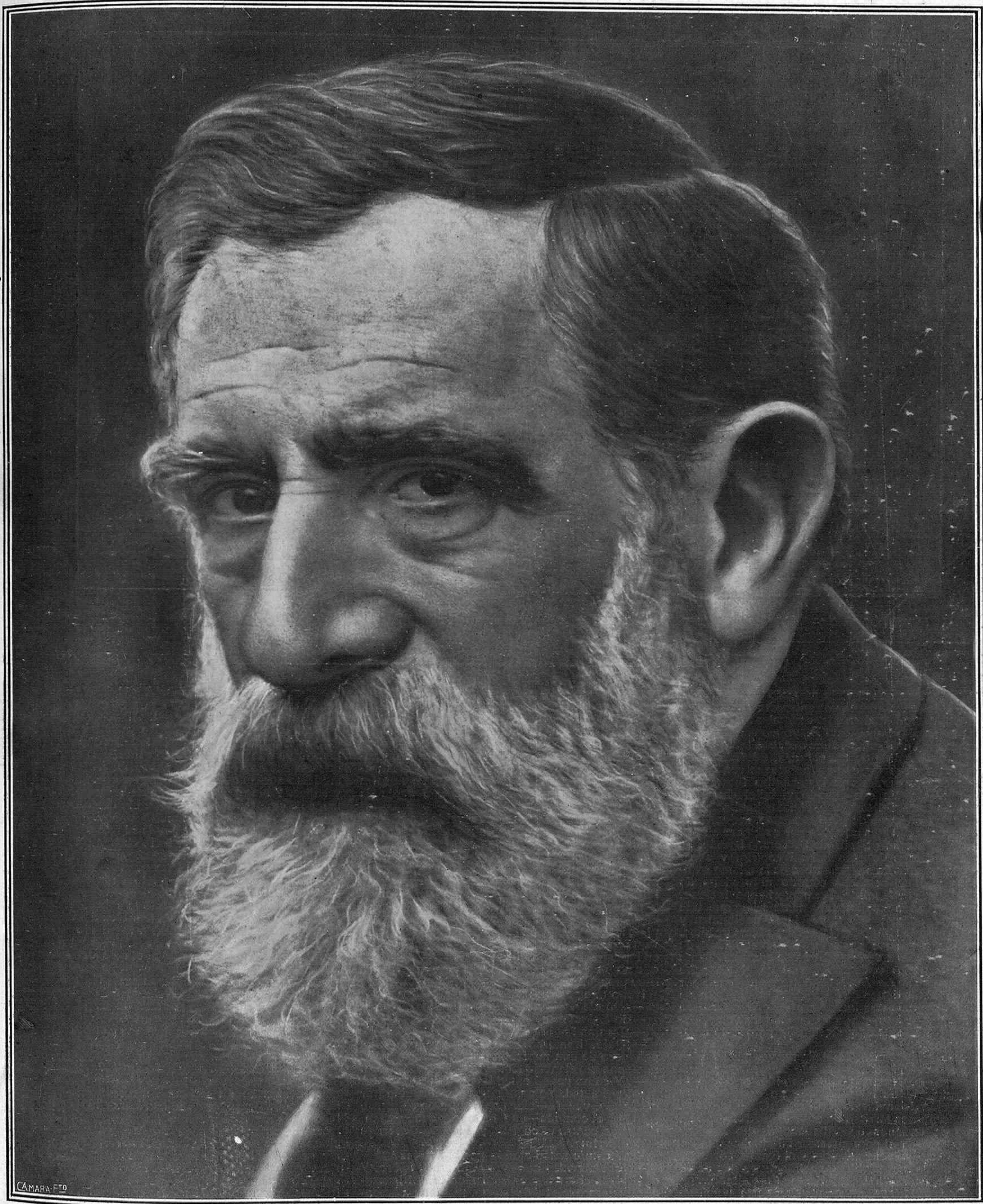
En el otoño de 1885 todo inducía á tristes presagios: las consecuencias de la epidemia, los sucesos de las Carolinas, el estado de salud del Rey, daban pábulo á vaticinios desconsoladores, y, sin embargo, nunca se anunciaron tantos espectáculos como en aquella temporada. Se inauguró el teatro de la Princesa con Elisa Mendoza Tenorio, Emilio Mario y Miguel Cepillo. Por cierto que entonces pisó por primera vez las tablas una niña gentil que luego ha conquistado fama artística excepcional: María Guerrero; en el Real cantaron Stagno y Tamagno; en la Comedia hubo una compañía francesa de variedades y no gustaron las canciones y bailes que ahora menudean con aplauso. En Novedades entonaba el canto del cisne un glorioso veterano, D. José Valero; en Apolo, la Tubau prestábase á estrenar un melodrama que después se ha repetido millares de veces, *El soldado de San Marcial*; en el Español, Vico, Victoriano Tamayo, hermano del académico autor de *Un drama nuevo*, y la Cirera, mantuvieron el pabellón del drama nacional; en Variedades, la Juana Espejo, Vallés y Luján, y en Eslava Riquelme, su hijo Pepe, esperanza malograda, y una jovencita, Elena Salvador, que aún brilla en nuestros escenarios, disputábanse el favor del público. Pocas veces se habrá visto Madrid tan favorecido por compañías teatrales y sobre todo por figuras de extraordinario valer como aquellas.

Pues con todo y con ello, el éxito más ruidoso de tal temporada se registró en Martín. Lo obtuvo una piecicita en un acto titulada *El puesto de las castañas*. El libro era de Navarro y Gonzalvo, la música de Rubio y Espino. Tratábase de una sátira política, y tal efecto produjo, que el Gobierno mandó retirarla de los carteles.

En la obrilla había ingenio, gracia; pero su clamoroso triunfo procedía principalmente de las circunstancias. Cuando la Prensa está cohibida y en la sociedad laten aspiraciones, que ahoga arbitrariamente el Poder público, cualquier señal de independencia es acogida con entusiasmo. Algunas veces, el teatro ha sido afortunado medianero de los amores que tienen siempre los pueblos con la libertad.

Por la transcripción,  
**J. FRANCO RODRIGUEZ**

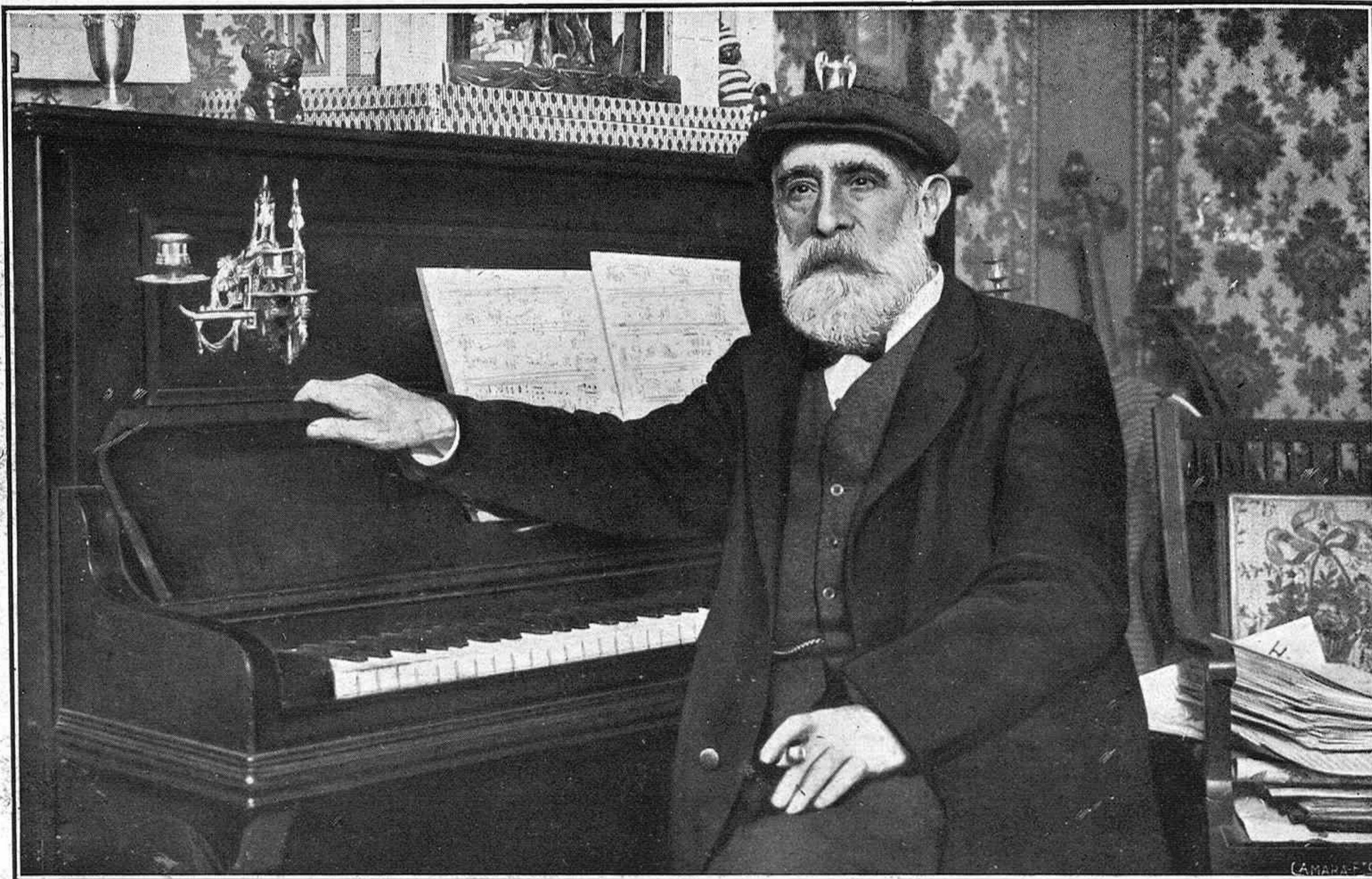
LA ESFERA  
NUESTROS GRANDES PRESTIGIOS



**D. TOMÁS BRETON**  
Eminente maestro compositor, director del Real Conservatorio

FOT. CAMPÚA

## NUESTRAS VISITAS



## El maestro Bretón

MIENTRAS que el viejo maestro escribía y delectaba en alta voz una carta de recomendación que, en pie, esperaba tímidamente un musiquito barbilampiño, yo me entretenía en contar las mustias coronas que, con lazos de mil colores, pendían de las paredes, adornaban los muebles y cubrían con su hojarasca verdinegra los marcos dorados de las grandes fotografías del músico. Ya dije cuando visité el despacho del maestro Sellés que á mí estas habitaciones, que son archivos de glorias añejas, me entristecían mucho. Antes no sabía por qué; pero ahora, sentado en el despacho de D. Tomás Bretón, he tenido tiempo de auscultar mi espíritu y sacar en consecuencia que se satura de la misma emoción que se saturaba cuando niño visitando panteones de familia del cementerio provinciano. No hay nada más inmensamente triste que una corona, aunque ésta lleve cintas nacionales y altisonantes elogios en letras doradas. Creedme, que es preferible pasar la vida acompañado de una calavera á estar rodeado de coronas. Tanto es así que no pude sustraerme en el despacho del autor de *La Dolores* á llorar un poco por los difuntos éxitos que ha querido encerrar en aquel panteón de gloria, que él, con su rostro duro y anguloso y sus barbas blancas de apóstol, preside ante una mesa que parece un catafalco.

¡Oh, amigos míos!... Si alguna vez mis triunfos os arrastran hasta el extremo de gastaros unas pesetejas en honrarme, yo os pido, con toda la vehemencia de mi alma, que no caigáis en la tentación de enviarme coronas... ¡Coronas no!... Prefiero unos tarritos de miel de la Alcarria ó un par de melones de Villaconejo, que los hay muy ricos; y si para ensalzar mi nombre queréis ponerles unas cintas, como si fueran coronas, con todos los adjetivos y calificativos que se os ocurran, podéis hacerlo; á esto sí me allano...

El joven musiquito cogió su carta humildemente de manos del insigne maestro y abandonó el despacho.

Al quedarnos solos D. Tomás y yo acerqué mi

silla hasta su mesa, y, separados por ella, comenzamos nuestra charla.

El glorioso compositor es áspero de expresión y de gesto. Su cabeza está cubierta con una gorra vieja y entre sus labios se consume la punta de un cigarro puro remendado con un papel de fumar. Como tira medianamente, el maestro, de vez en cuando, hace un alto en nuestra conversación para taladrar con una aguja de sombrero el indómito tabaco.

—Yo no sé cómo se le ha ocurrido á usted venir á visitarme—me dijo, con un poco de rencor hacia los que no le prodigan esta atención.

—¿Por qué, maestro?

—Porque al público se le importa un pito la música y quien la hace. Aquí, en este país, no interesan más que los Joselitos y los Belmontes. Y yo me lo explico...

—No estoy conforme, maestro—le interrumpí—; interesan Bretón, Borrás, Galdós, Benavente y muchos más, y además—y creo que no es incompatible—Joselito y Belmonte. El único que no nos interesa nada, afortunadamente, es Romanones.

Hubo una pausa de risa y después le pregunté:

—¿Dónde nació usted, maestro?...

—En Salamanca.

—¿De una familia adinerada?...

—¡Quiá, hombre!... Mi padre era un pobre panadero de una modestia brutal; apenas le conocí; cuando él murió tenía yo dos años y medio.

—¿Y cómo pensó usted hacerse músico?

—Verá usted. Yo sentía una gran afición por el estudio, y tenía—claro es que ya no conservo más que el compás—una memoria extraordinaria: á los cuatro años leía y á los seis escribía perfectamente.

—¿Y sentía usted afición por la música?

—No, señor. Lo que me atraía era el teatro. Y aquí viene el arranque de mi música. Mi hermano, que era oficial de platería, tenía un compañero, músico muy distinguido, que brindose á enseñarle el violín. A mi hermano no le interesó ésto; pero á mí sí, y entonces le propuse al ama-

ble compañero, que era D. Angel Piñuela, el cambio de discípulo y él lo aceptó con gusto. Tenía yo ocho años de edad. Al poco tiempo ingresé en la Escuela de Nobles y Bellas Artes de San Eloy; antes de cumplir los diez años pertenecía ya á la orquesta, y con deleite recuerdo que empecé á ayudar á mi pobre madre con el modesto sueldo que ganaba en el teatro, iglesias y bailes. Y sin noción ninguna de armonía comencé á componer cositas, que ni recuerdo...

—¿Todo ésto en Salamanca?

—Sí, señor; allí estuve hasta el mes de Septiembre del año 1865, que, fiado en una plaza de violín del teatro de Variedades, me planté en Madrid... Ya aquí, en el teatro ganaba ocho reales é ingresé en el Conservatorio en la clase de violín de D. Juan Díez. Pero al poco tiempo de ésto recuerdo que se desarrolló la epidemia cólera en Madrid y se cerró el teatro en donde yo trabajaba... No le quiero decir á usted los días de miseria que pasé por entonces. ¡Dios y yo lo sabemos! Al fin logré entrar en el café del «Vapor» para tocar el violín. Esto estaba muy mal visto entonces; pero peor estaba para el interesado morir de hambre. Más tarde fui subiendo peldaño por peldaño: de la orquesta de la Zarzuela á la Sociedad de conciertos que dirigía Barbieri, después fui concertino. Entre tanto compuse infinidad de overturas, pantomimas, cuadrillas, y valsos...

—¿Tenía usted la carrera terminada?

—Quiá, me asustaba la carrera oficial. ¡Tres años de armonía! ¡Cinco de composición!... Espantoso. Pensé burlar la ley. Para ello devoré la escuela de composición de Eslava; me dió lección particular el maestro Aranguren, y en cinco meses me declararon apto para examinarme de armonía y tres años de composición, siendo aprobado. Ingresé en el cuarto año con el maestro Arriola, y tanto trabajé, que á mediados de curso se me autorizó para asistir al quinto año y concurrir á los premios. Así fué, y en el concurso del año 72 obtuve, en compañía del inolvidable Chapí, el anhelado primer premio.





—¿Cuál fué la primera obra que estrenó usted?  
 —¡Uff!..., no recuerdo; *Los dos caminos* fué la primera que llegó á llamar un poquito la atención. Trabajé tanto en esta etapa de mi vida que mi salud se resintió de manera sensible. Una noche, dirigiendo el ensayo de un concierto, me atacó una ligera hemoptisis. Después de andar rodando de director de coros y de orquesta fui pensionado á Roma. Allí hice el *Apocalipsis* y *Los amantes de Teruel*.  
 —¿Cuándo estrenó usted *Los amantes*?  
 —En Febrero de 1889, en el teatro Real  
 —Con gran éxito, ¿verdad?  
 —Con éxito inmenso, que luego se repitió en

mundial, una evolución exagerada... Y claro, todo lo que sea exageración, daña. Se ocupa el mundo de la música más que de todas las artes juntas. Se pide á la música más de lo que la música puede dar. En España, creo yo, hay un movimiento interesante que todavía no está cristalizado. Aquí lo censurable es, en muchos de los muchachos que empiezan á querer que se les oiga, que desdeñan á los suyos para extranjerizarse. Oyeron á Wagner, se apasionaron por Wagner y se despeñan con Wagner. Eso creo yo que es mala dirección. El músico español debe hacer sobre su ambiente su personalidad local. Hacer música que en un giro, en una nota, se diga: Eso es español. No hacer música que lo

casa, que bien pudiera ser el teatro de la Zarzuela. Entonces España conseguiría tener arte lírico y saldrían muchos músicos que están en las tinieblas. Pero, amigo mío, ahora todas las miradas están en la opereta, porque en ella, sin voz y sin música, con unas poquitas de piernas y unos trajes escotados, se sale del paso.  
 —¿Qué opina usted sobre la música de Usandizaga, Falla, Turina y demás maestros jóvenes?  
 —Ya lo he dicho. Que Falla, Turina y todos los que han estudiado en la escuela Cantorum nos traen otra España que no es la nuestra: es una España tamizada por los franceses: escriben en francés y por eso muchas veces se que-



Bretón en su gabinete de estudio, en el que conserva los innumerables regalos que le han hecho durante su vida artística

Valencia, Barcelona, Valladolid y Salamanca. En Praga y en Viena gustó también extraordinariamente.  
 —Entonces, ¿ésta ha sido su obra de más éxito?  
 —No; después hice otras que aplaudieron por igual.  
 —Y ¿cuál de ellas le ha producido á usted más dinero?  
 —*La Dolores* y *La verbena de la Paloma*... Claro que fué porque tuve el acierto de no estrenarlas en el Real.  
 —¿Qué opina usted sobre el movimiento musical de ahora?  
 —¿Español?—inquirió.  
 —Sí, español—afirmé.  
 —Mire usted, yo condenso en cierto modo: me parece que hay en música un movimiento

mismo pueda ser alemana, que húngara, que francesa. ¿Comprende usted lo que quiero decir?  
 —Sí, señor, perfectamente—asentí.  
 El maestro aclaró más:  
 —Que el fondo sea nuestro; que tenga calor de nuestra tierra, aunque esté vestido con la indumentaria técnica moderna. La música de Bach se ve que es de un alemán, y la de Litz de un húngaro, y la de Straus de un francés; eso es lo que hay que procurar: que la que hagamos nosotros se advierta á las primeras notas que es de un español. Hay que sustraerse á las formas exóticas...  
 —¿Cuándo cree usted que tendremos ópera nacional?  
 —El día que el Gobierno dedique una piadosa mirada á la ópera española y la entregue una

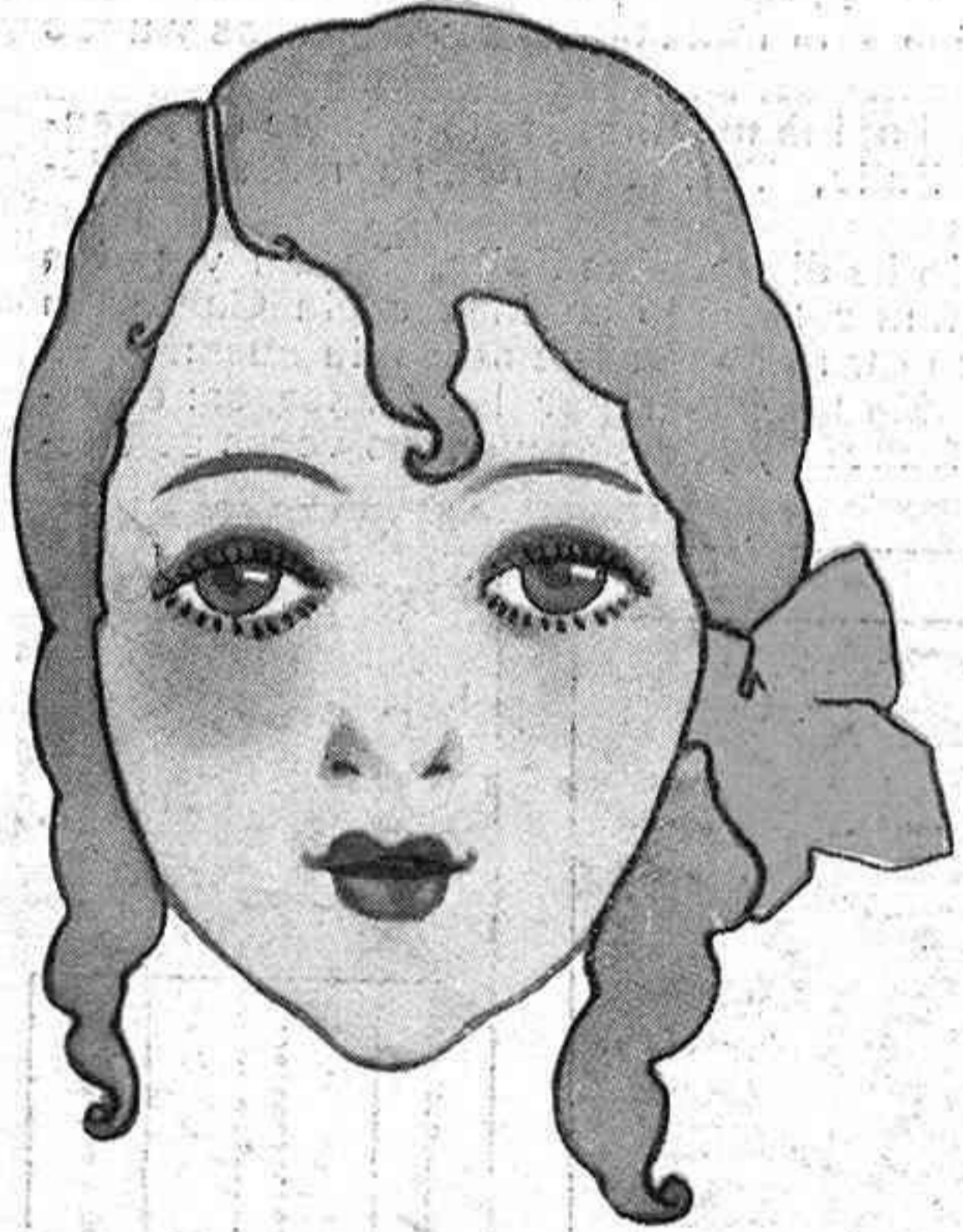
dan con las ganas de que les entiendan los españoles.  
 —¿Qué prepara usted, maestro?  
 —Nada. Nadie me pide una nota; y yo, encantado; como la música ha bajado tanto de nivel, hay por ahí una porción de muchachos que, sin entender una palabra, se han apoderado de la batuta; puede que cuando me muera me rifen, pero ahora le juro á usted que no me pide nadie nada. Tanto es así que si no estuviera en el Conservatorio me encontraría en la triste situación de buscarme un duro de violín en la orquesta.  
 Yo, al oír estas últimas palabras del viejo é inspirado maestro, he mirado con desprecio las cien coronas.

EL CABALLERO AUDAZ

FOTOGRAFÍAS DE GAMPÚA

# COLOQUIOS DE MUJERES

## EDUCADORAS



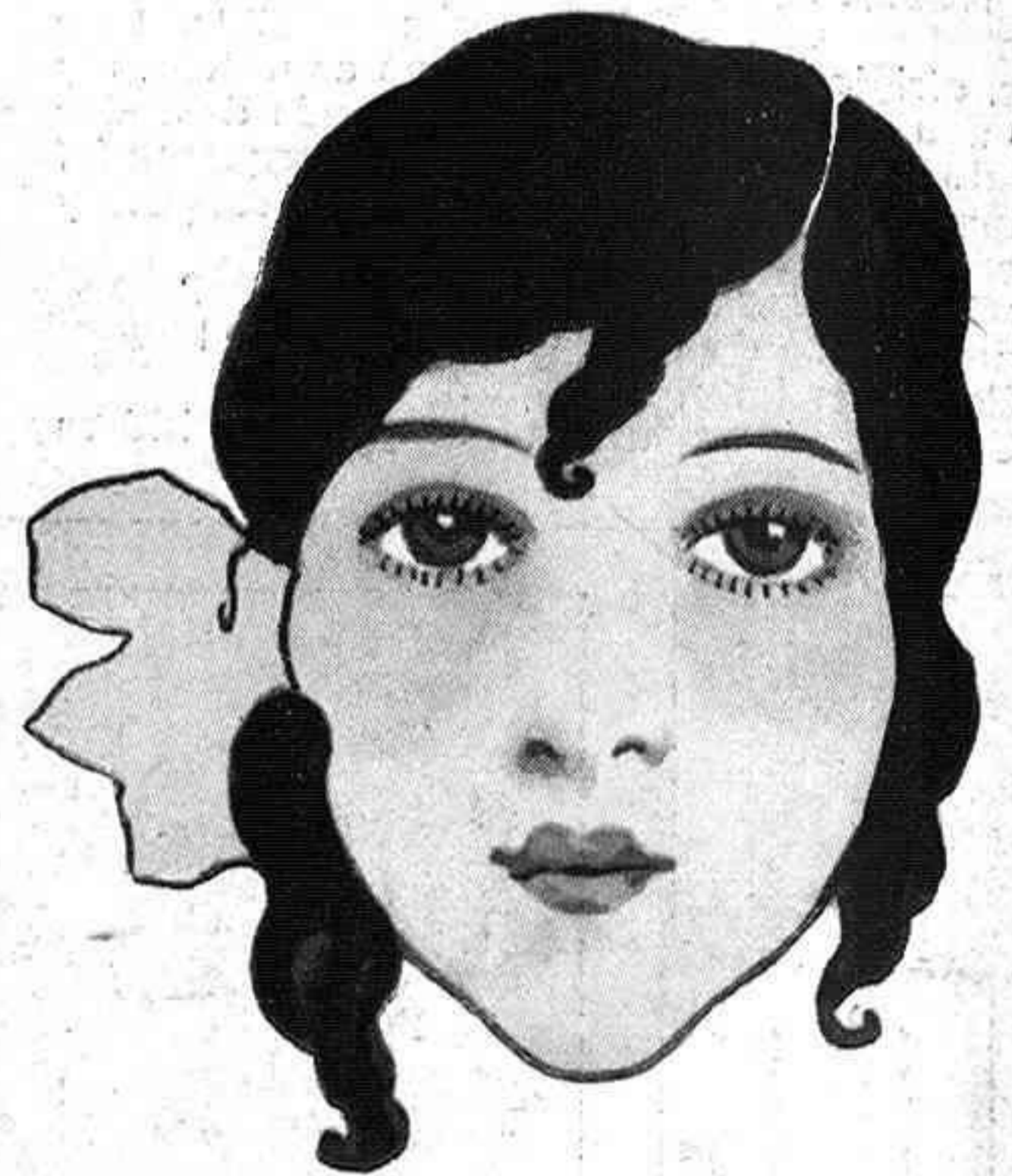
*El colegio es una gran disculpa para una madre egoísta y amiga de corretear mundo.*

(CARTA DE LA MARQUESA DE SEVIGNE A SU HIJA, LA CONDESA DE GRIGNAN)

**P**ERO, ¿qué se hace con los niños, si no se les envía al colegio? Convéncete; no podemos prescindir de él, por varias razones. Primera, porque en el colegio es donde verdaderamente se enseña y donde casi únicamente se aprende. Segunda, porque si se tiene a los niños en casa, las madres no podemos ocu-

ciencia separarla de mi cariño, de mi ternura, de mis cuidados, de mi vida.

—¡Ahí le duele! Es decir, ¡ahí te duele! Llamas egoístas a las madres que envían sus hijas al colegio, cuando la egoísta eres tú, que no la envías porque te falta fuerza para el sacrificio. ¿O crees que las que enviamos nuestras hijas al



parnos de nada absolutamente. De manera que mal para los hijos, porque en casa no aprenden nada; y peor para las madres, porque tienen que descuidarlo todo. ¿Estás?

—Yo lo que digo es que a los hijos no los educa nadie como las madres. Porque como la educación no consiste sólo en aprender idiomas y Geografía, sino en bastantes cosas más... Y todavía los niños, pase. Pero ¡las niñas! ¿Tú sabes lo que significa para una niña el educarse lejos de su madre? ¡Dímelo a mí, con lo que yo tengo pasado por esos colegios de Dios!

—¿Pero vas a sacrificarte sin beneficio ni para ti ni para tu hija? ¿Tú no sabes lo que te dices? ¡La paciencia que es menester con los chicos! ¡Lo que yo admiro a todas esas mujeres que se dedican a educar pequeños! Créeme que son dignas de admiración.

—Pues precisamente por eso, porque se necesita mucha paciencia. Si no la tengo yo, que soy su madre, ¿piensas que la tendrá una extraña?

—Tú es posible que no la tengas, pero ellas, que están acostumbradas ya de muchos años, ¡figúrate! Para ti será un monte lo que para ellas es coser y cantar. Todo eso son sentimentalismos, hijita. Ya ves tú si se han dicho y se han escrito horrores contra los colegios. Bueno, pues ahí los tienes; cada año más y con mayor número de alumnos.

—Eso no quiere decir nada. También se han dicho y se han escrito horrores contra los políticos y ahí los tienes: cada día hay más. Y contra los poetas, y cada día hay más poetas. Sobre que yo no voy contra los colegios ni contra nadie. Yo lo que digo es que no enviaré al colegio a mi hija, sino que la educaré yo misma, como pueda. Me levantaré temprano, coseré o leeré mientras ella estudia, luego le tomaré la lección, después vendrá conmigo a paseo... ¡y así un año y otro y los que hagan falta! Para mí sería un cargo de con-



colegio no sentimos continuamente la separación? Tu teoría parece la verdaderamente maternal; pero debajo de sus apariencias está el egoísmo. Cuando afirmas que no enviarás tu hija al colegio, no piensas en tu hija, sino en tí, que no podrías vivir sin ella, en que no sabrías lo que hacer sin ella. Tú

no eres mujer de mundo, sino mujer de hogar; de modo que tu sacrificio es nulo, porque no renuncias a nada, renunciando a todo.

—Pues vuelve la oración por pasiva. Tú no eres mujer de hogar, sino mujer de mundo, y como el tener contigo a tu hija te privaría de ir al teatro, á los conciertos, á compras, á paseo, á visitas, la envías al colegio tranquilamente. Luego, con decir que la educación del colegio es la única posible, despachado. Pues yo, no. Aun suponiendo, como dices, que lo mío sea también un egoísmo, sería un egoísmo más noble.

—El egoísmo no es noble ni villano. Es egoísmo nada más. La cuestión es que ni tú, pretendiendo educar á tu hija según la fórmula casera, ni yo, enviando la mía al colegio, según la fórmula mundana, nos diferenciamos tanto como crees, porque ni yo ni tú sacrificamos nada por ellas. Créeme que lo que llamamos pomposamente «orgullo maternal», aunque tenga mucho de maternal, no deja de tener algo de orgullo. Muy pocas son las madres «caseras» que envían sus hijas al colegio; pocas también las «mundanas» que no dejan de enviarlas á costa de todo. Aquí, para *inter nos*, la maternidad carece aún de principios sólidos; y sobre todo, de conciencia reflexiva...

—Estamos diciendo verdaderas herejías, verdaderas enormidades... Fíjate. Verdaderas enormidades.

—Al contrario, estamos dentro de la más perfecta ortodoxia. Porque lo que hacemos en este instante es un examen de conciencia...

CRISTÓBAL DE CASTRO

DIBUJOS DE RAMÍREZ

## PÁGINAS POÉTICAS



## ROMANZA DE LA PRINCESINA

Una princesina—de ojos soñadores,  
cara venusina,—labios seductores,  
sus rizos al viento—en largas guedejas,  
con gran sentimiento—cantaba sus quejas  
junto á la ventana—del Alcázar Real,  
en una mañana—de un día estival.

“Golondrinas mías  
que cruzáis los mares,  
traedme alegrías,  
lleaos pesares.”

Un galán hermoso—de gran donosura,  
luchador glorioso—de extraña ventura,  
sediento de amores,—en el pecho mío,  
con besos y flores—tejió un amorío.  
Y el tal caballero—de gran donosura,  
despertó el primero—con su travesura,  
grandes ilusiones—en el alma mía.

¡Nuestros corazones—Amor los unía!  
Pregunté á la luna—por aquel galán;  
que si por fortuna—sus ojos están  
bebiendo aún el fuego—de los ojos míos,  
ó si tuvo luego—otros amoríos.  
Y la luna aviesa—respondió á mi llanto:  
Eres tú, PRINCESA.—No merece él tanto.

¡Golondrinas mías  
que cruzáis los mares,  
traedme alegrías,  
lleaos pesares!

No quiero blasones,—ni honores, ni palmas;  
vivo de ilusiones—que alegran las almas.  
¡Qué importa si el hado—por mala fortuna  
nos ha separado—por razón de euna,  
si yo dejaría—estos patrios lares

y me lanzaría—á cruzar los mares!  
Busca, golondrina,—á mi caballero:  
dile que me muero.—Dile, golondrina,  
que la princesina—de ojos soñadores,  
labios seductores,—cava alabastrina,  
dejará sus lares—por cruzar los mares,  
y al galán hermoso—de gran donosura,  
luchador glorioso—de extraña ventura,  
sedienta de amores,—en esta canción,  
le envía las flores—de su corazón.

¡Golondrinas mías  
que dejáis mis lares,  
traedme alegrías  
de allende los mares!

Fernando CÓRRAL

DIBUJO DE VARELA DE SEIJAS

# FANTASÍA SOBRE EL TENORIO

La pluma de nuestro colaborador artístico Ricardo Marín, ha interpretado una de las escenas más bellas de «Don Juan Tenorio», aquella en que el famoso burlador y su digno rival Don Luis Mejía hacen relación de sus hazañas en la hostería del Laurel, ante el asombrado concurso de hidalgos, máscaras y villanos. Marín siente intensamente el arte español en todas sus manifestaciones y con la misma habilidad que ha ilustrado el «Quijote», ha interpretado ahora esta escena del drama de Zorrilla. Son dibujos de interesante actualidad en estos días en que reaparece sobre la escena el más gallardo Don Juan de todos los que andan por el mundo.



La apuesta fué porque un día...

DON JUAN

La apuesta fué...

DON LUIS

Porque un día dije que en España entera

DON JUAN

Como gustéis, igual es, que nunca me hago esperar. Pues, señor, yo desde aquí, buscando mayor espacio para mis hazañas, di



Aquí está don Juan Tenorio para quien quiera algo de él.

no habría nadie que hiciera lo que hiciera Luis Mejía.

DON JUAN

Y siendo contradictorio al vuestro mi parecer, yo os dije: «Nadie ha de hacer lo que hará don Juan Tenorio.» ¿No es así?

DON LUIS

Sin duda alguna; y vinimos á apostar quién de ambos sabría obrar peor, con mejor fortuna, en el término de un año; juntándonos aquí hoy á probarlo.

DON JUAN

Y aquí estoy.

DON LUIS

Y yo.

CENTELLAS

¡Empeño bien extraño, por vida mía!

DON JUAN

Hablad, pues.

DON LUIS

No, vos debéis empezar.



Sali de Roma por fin...



Las romanas caprichosas...

sobre Italia, porque allí tiene el placer un palacio. De la guerra y del amor antigua y clásica tierra, y en ella el Emperador, con ella y con Francia en guerra, díjeme: «¿Dónde mejor? Donde hay soldados hay juego, hay pendencias y amorios.» Di, pues, sobre Italia luego, buscando á sangre y á fuego amores y desafíos. En Roma, á mi apuesta fiel, fijé, entre hostil y amatorio, en mi puerta este cartel: *Aquí está don Juan Tenorio para quien quiera algo de él.* De aquellos días la historia á relataros renunció; remitome á la memoria que dejé allí, y de mi gloria podéis juzgar por mi anuncio. Las romanas caprichosas, las costumbres licenciosas, yo gallardo y calavera, ¿quién á cuento redujera mis empresas amorosas? Sali de Roma por fin



Por donde quiera que fui...

como os podéis figurar, con un disfraz harto ruin y á lomos de un mal rocín, pues me querían ahorcar. Fui al ejército de España; mas todos paisanos míos, soldados y en tierra extraña, dejé pronto su compañía tras cinco ó seis desafíos. Nápoles, rico verjel de amor, de placer emporio, vió en mi segundo cartel: *Aquí está don Juan Tenorio y no hay hombre para él.*

Desde la princesa altiva á la que pesca en ruin barca, no hay hembra á quien no suscriba, y cualquier empresa abarca si en oro ó valor estriba. Búsquente los reñidores; cèrquente los jugadores; quien se p'ec 2 que le ataje, á ver si hay quien le aventaje en juego, en lid ó en amores. Esto escribí; y en medio año que mi presencia gozó Nápoles, no hay lance extraño, no hubo escándalo ni engaño en que no me hallara yo. Por donde quiera que fui la razón atropellé, la virtud escarnecí, á la justicia burlé y á las mujeres vendí. Yo á las cabañas bajé, yo á los palacios subí, yo los claustros escalé, y en todas partes dejé memoria amarga de mí. Ni reconocí sagrado, ni hubo razón ni lugar por mi audacia respetado; ni en distinguir me he parado al clérigo del seglar. A quien quise provoqué, con quien quiso me batí, y nunca consideré que pudo matarme á mí aquel á quien yo maté. A esto don Juan se arrojó, y escrito en este papel está cuanto consiguió, y lo que él aquí escribió mantenido está por él.



DON LUIS

Leed, pues.

DON JUAN

No; oigamos antes vuestros bizarros extremos, y si traéis terminantes vuestras notas comprobantes, lo escrito cotejaremos.

DON LUIS

Decís bien; cosa es que está, don Juan, muy puesta en razón; aunque, á mi ver, poco irá de una á otra relación.

DON JUAN

Empezad, pues.

DON LUIS

Allá va.

Buscando yo, como vos, á mi a'lento empresas grandes,



Yo á las cabañas bajé...

Yo me acordé del refrán de que quien roba al ladrón ha cien años de perdón, y me arrojé á tal desmán mirando á mi salvación.

*Parará aqui algunos meses, y no trae más intereses ni se aviene á más empresas que adorar á las francesas y reñir con los franceses. Esto escribí; y en medio año que mi presencia gozó*

la magnífica memoria que allí dejé con mi anuncio. Y cual vos, por donde fui, la razón atropellé, la virtud escarnecí, á la justicia burlé y á las mujeres vendí. Mi hacienda llevo perdida tres veces; mas se me antoja reponerla, y me convida mi boda comprometida con doña Ana de Pantoja. Mujer muy rica me dan, y mañana hay que cumplir los tratos que hechos están; lo que os advierto, don Juan, por si queréis asistir. A esto don Luis se arrojó, y escrito en este papel está lo que consiguió; y lo que él aquí escribió mantenido está por él.

DON JUAN

La historia es tan semejante, que está en el fiel la balanza; mas vamos á lo importante, que es el guarismo á que alcanza el papel; conquie adelante.

DON LUIS

Razón tenéis en verdad. Aquí está el mío; mirad, por una línea apartados



Yo á los palacios subí...

dije: «¿Do iré, ¡vive Dios!, de amor y lides en pos que vaya mejor que á Flandes? Allí, puesto que empeñadas guerras hav, á mis deseos habrá al par centuplicadas ocasiones extremadas de riñas y galanteos.» Y en Flandes conmigo di; mas con tan negra fortuna, que al mes de encontrarme allí todo mi caudal perdí, dobla á dobla, una por una. En tal total carestía mirándome de dineros, de mí todo el mundo huía; mas yo busqué compañía y me uní á unos bandoleros. Lo hicimos bien, ¡voto á tall, y fuimos tan adelante, con suerte tan colosal, que entramos á saco en Gante el palacio episcopal. ¡Qué noche! Por el decoro de la Pascua, el buen obispo bajó á presidir el coro, y aún de alegría me crispo al recordar su tesoro.



Yo los claustros escalé...

Fuése á Alemania opulento; mas un Provincial jerónimo, hombre de mucho talento, me conoció, y al momento me delató en un anónimo. Compré á fuerza de dinero la libertad y el papel; y topando en un sendero al fraile, le envié certero una bala envuelta en él. Salté á Francia. ¡Buen país!, y como en Nápoles vos, puse un cartel en Paris diciendo: *Aqui hay un don Luis que vale lo meros dos.*



Entramos á saco en Gante el palacio episcopal...

Paris, no hubo lance extraño, ni hubo escándalo ni daño donde no me hallara yo. Mas, como don Juan, mi historia también á alargar renuncio, que bas'a para mi gloria

traigo los nombres sentados para mayor claridad.

DON JUAN

Del mismo modo arregladas mis cuentas traigo en el mío; en dos líneas separadas

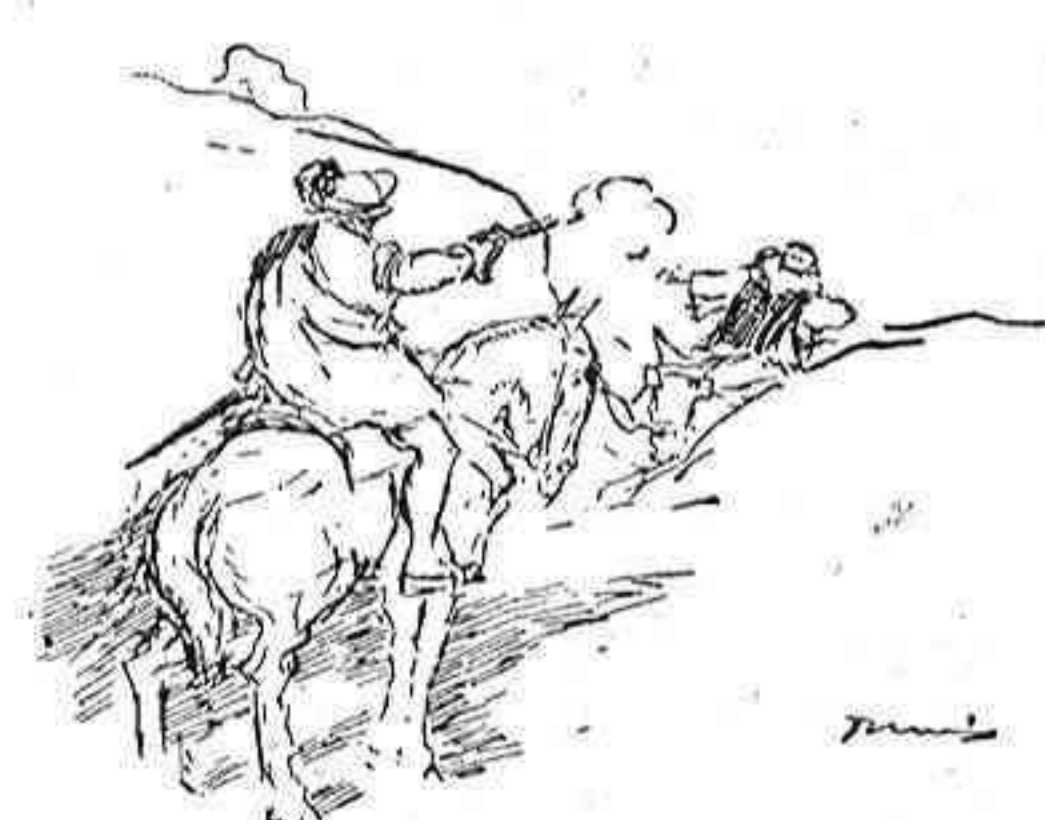


Con quien quiso me batí...

Todo cayó en poder nuestro; mas mi capitán, avaro, puso mi parte en secuestro: reñimos, fui yo más diestro, y le crucé sin reparo. Juróme al punto la gente capitán, más valiente; juréles yo... ¡ca; pero á la noche siguiente hui y les dejé sin blanca,

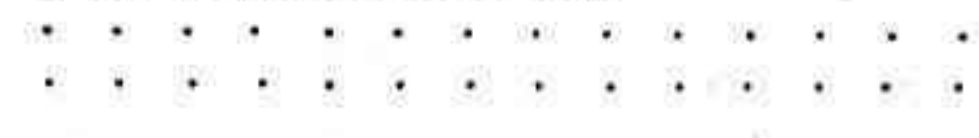


Todo mi caudal perdí dobla á dobla, una por una...



Y topando en un sendero...

los muertos en desafío y las mujeres burladas.





## LOS OJOS CIEGOS

*Una estancia espaciosa, alegre, sobriamente dispuesta, de una casa escondida en el valle de Santa Cruz. Todo en ella aparece impregnado de una gracia suave. Una paz pensativa aduerme las cosas. De su soledad florece un grato olvido del mundo y que, sin embargo, invita á la meditación y al recuerdo. Hay flores, piano. La luz es mansa, un poco amortiguada por la fronda severa de los altos castaños que rodean la casa. Amplias ventanas, que están abiertas, miran al valle. Abril ha llegado y perfuma la estancia. Es media tarde.*

Personajes: ACACIA. DANIEL. CHACHA MARÍA.

*Acacia, vestida de blanco, entretiene sus ocios haciendo flores de trapo. Sus finas manos rosadas son maestras en el arte que cultivan. Las flores que Acacia crea parecen arrancadas del rosal y el almendro, el jazminero y el naranjo: sólo les falta el perfume.*

*Chacha María aparece. Es una viejecita rugosa, muy pulcra, de paso menudito, de hablar dulce. Viene azorada.*

CHACHA MARÍA.—¡Niña, niña mía!

ACACIA.—(Haciendo un alto en la tarea.)

¿Qué quieres, Chacha? ¿Vienes alterada?

CHACHA MARÍA.—Alterada vengo... alterada.

ACACIA.—(Serenamente.) ¿Y por qué?

CHACHA MARÍA.—Por lo que menos puedes figurarte, niña. ¡Ay, madre de las Angustias!

ACACIA.—(Sonriendo, acostumbrada á las zozobras de Chacha María.) Pero ¿qué es ello?

CHACHA MARÍA.—Lo vi y no lo creo. ¡Virgen de las Angustias! ¿Qué persona crees que acaba de llegar á estas puertas y pide licencia para verte? ¿Quién crearás, Jesús mío, que se atreve?...

ACACIA.—(La sonrisa desaparece de su boca. Con súbito presentimiento de la verdad.) ¡Calla! No me lo digas.

CHACHA MARÍA.—Helada quedéme, niña

mía. ¿No le habían muerto? ¿No le dieron por muerto? Pues aquí lo tienes, aferrado en entrar... Yo le dije que tu padre salió, que acaso tú no puedas recibirle. Viene derrotado, maltrecho, como un mendigo casi... ¡Mi pobre niña! Al cabo de los años, cuando ya ni recuerdo había del desalmado, torna á remover la herida... ¿Qué hago? ¿Qué le digo? Tú no querrás verlo, ¿verdad, niña mía?

ACACIA.—(Serena en apariencia. Sólo el ligero temblor de sus manos delata la íntima tragedia.) Dile que pase.

CHACHA MARÍA.—¡Virgen! Pero ¿estás loca, mi alma? ¿Vas á recibirle?

ACACIA.—(Muy pálida.) ¿Por qué no?

CHACHA MARÍA.—¿No temes, mi alma, que te hagan daño sus palabras? Mira que puede hacerte enfermar. Yo le diré que aguarde á que tu padre venga, que vea sólo á tu padre.

ACACIA.—(Sobreponiéndose á su angustia.) No, no le digas eso. Acompañale hasta aquí.

CHACHA MARÍA.—(Suplicante.) ¡Niña mía!

ACACIA.—Acompañale, Chacha.

CHACHA MARÍA.—¡Dios nos proteja! (Suspirante y temblorosa sale de la estancia. Acacia, abandonadas las manos sobre el regazo, suspira al quedarse sola. A su boca descolorida asoma la angustia de su alma. Hay un largo silencio hasta que el anunciado llega. La brisa de Abril entra por las ventanas perfumada y tibia, como un mensaje de la Primavera. La luz, que los castaños tamizan, envuelve la estancia en lumbre de encantamiento. El anunciado llega. Es joven y parece viejo. Tiene aire cansado y enfermo, de fracaso y mala vida. Su indumento es señoril, pero desaliñado y marchito. Al llamar á Acacia, desde la puerta, tiene su voz inflexiones de súplica y de vergüenza á un tiempo.)

DANIEL.—¡Acacia!

ACACIA.—(Levanta la cabeza y extiende las manos dulcemente, como ofreciéndoselas al recién llegado. Este avanza con vehemencia, fijos los ojos

en los de ella y exclama en un grito de dolor y asombro.)

DANIEL.—¡Ciega!

ACACIA.—(Dulcemente, sonriendo, como para infundirle valor.) Sí; ciega.

(En efecto, Acacia es ciega. Sus bellos ojos abiertos no tienen luz: son como dos soles apagados.)

DANIEL.—(Repite dolorosamente.) ¡Ciega! ¿Cómo? ¿Cuándo? Cuéntame ese dolor, Acacia. Cuéntame.

(Daniel se sienta cerca de ella, con ansia de saber, olvidado de su propio dolor. Acacia sonríe.)

ACACIA.—¿Dolor? No sé... Yo creo que no es dolor. En los primeros momentos, sí. Pero después...

DANIEL.—¿Hace mucho tiempo?

ACACIA.—Mucho, sí. Fué á poco de marcharte tú. Sufrí un ataque á la cabeza... no sé de qué... y me quedé ciega. Los médicos dijeron que pudo costarme la vida.

DANIEL.—¡Pobre Acacia!

ACACIA.—(Sonriendo.) No me compadezcas por eso. Ver es hermoso, muy hermoso, pero este mundo de la sombra tiene también su encanto. Con los ojos ciegos se ven otras cosas que no había visto una nunca. No es indispensable el gozo de la vista para ser feliz. Yo no veo las flores, ni el cielo, ni el rostro de las personas queridas... pero lo sueño y es mejor. Yo también, cuando veía, tenía lástima de los ciegos. Pero hálblame de ti... ¿Qué te ha traído hasta esta casa?

DANIEL.—(Con angustia.) El deseo vehemente, inmenso, infinito de pedirte perdón, de pedirte perdón... y huir otra vez.

ACACIA.—(La sonrisa desaparece de su boca.) Si de algo te sirve mi perdón, perdonado estás. Pero ¿qué voy á perdonarte? ¿En qué me ofendiste? ¿En huir de mi lado del brazo de otra mujer? Pues si era ella á quien querías, hiciste bien.

DANIEL.—¡No, Acacia, no! Fui un malvado, un cobarde... Sólo tu gran misericordia puede absolverme. Yo vivía feliz á tu lado. Tu padre me había recogido y me había dado pan, cultura, amor, una casa y una familia. Tu padre fué otro padre para mí. Tú empezaste á quererme como una hermana, como una novia, como una madre... Yo también te quería... (*Acacia se estremece ligeramente.*) Te quería como á cosa santa, á cosa alta, con fervor, con miedo, sabiendo que no te merecía... Mi amor, más que amor, era un rezo, un culto, una religión hacia ti. Y cuando más feliz era y más llena tenía el alma del bien tuyo, vino á cegarme «aquella mala pasión». (*Hay un silencio. Daniel suspira, aliviándose con la confesión del peso de sus culpas.*) Huí de tu lado. Huí de tu lado bruscamente, cobardemente. Recuerdo que por aquellos días caíste enferma—acaso porque ya sabías mi traición—y ni aun dejarte enferma me detuvo. Huí. «Aquella mujer», que no quiero nombrar para no ultrajar tu pureza con su nombre, ejerció para mí desde el primer instante brujería fascinación. Desde el primer instante fui su víctima, su presa. Aquella mujer tenía para apresar garras de pantera. Ejercía sobre mi voluntad satánico dominio. Más de una vez llegué á creer que era el propio Luzbel encarnado en su cuerpo, emboscado tras de sus ojos, agazapado en su corazón, esperando la hora de su triunfo y mi muerte, la hora de llevarse mi alma. ¡Peregrinas bodas las de mi amor! Lo que supuse gozo y vida fué miseria y esclavitud. Lo que durante estos diez años yo he sufrido, sólo mi alma lo sabe. Más de una vez también quise huir del lado de mi verdugo y mi carcelero para volar hasta aquí. Cuantas veces lo intenté supo «ella» apretar más y más mis ligaduras de amor y de suplicio á un tiempo. Por fin me libérté. Salimos una tarde en Trouville á pasear por el mar. Al regreso, y cuando anochece, zozobró la barca que yo pilotaba. Ambos caímos al agua. Largo tiempo estuvimos en lucha con la muerte. Nos desesperábamos por ganar la barca, que las olas aléjaban de nuestro lado. Por fin pude yo ganarla. Pero en aquel instante «ella», con las últimas esperanzas de vida, tendía los brazos pidiendo misericordia. Fué un minuto cruel. ¿Debí yo, despreciando mi vida, intentar salvar la de ella? La barca se escapaba de mi alcance, mis fuerzas ya estaban agotadas y, en aquel instante decisivo, mi egoísmo no quiso sacrificarse en honor de mi verdugo. Cuando, en la barca ya, corrí á ver si lograba su salvación, ya «ella» había desaparecido bajo las aguas. (*Daniel hace otra pausa. Acacia, inmóvil, muda, parece una esfinge. Daniel continúa.*) Así acabó «mi drama». Sólo la muerte pudo libertarme de mi «vampiresa». Viéndome libre, quise reconstruir mi vida. Volví á coger los pinceles, que hube de abandonar al huir de aquí. La falta de trabajo y de ideales hicieron que mi arte se cotizase apenas. Mi arte se había ahogado entre los brazos de «ella». Esclavo suyo, yo había vivido á sus expensas, con lo que ella ganaba bailando en los *Music-hall* de Europa. Ya sabes toda mi cobardía, toda mi traición, todas mis culpas... Ahora, después de verte y de confesarte mis culpas, sólo quiero un rincón, lejos de aquí, donde acabar mi fracaso, donde morir solo.

(*Acacia, dulcemente, alarga sus manos para tomar las de Daniel y le habla así. Su voz es grave, serena.*)

ACACIA.—Escucha. Todo eso que me has confesado, si es negro, si es triste, no es decisivo. No es más que un episodio en tu vida. Tu vida vale más. Todos valemos más que nuestras obras. Tú estás en el momento más propicio para todo: en el momento del dolor. Cuando se sufre, brota en nosotros una fuerza interior que todo lo puede; del dolor nace la rebelión; el abatimiento no es más que un estado transitorio; nadie está siempre resignado. Mas para lograr la reacción, la plenitud sobre nosotros mismos, es indispensable una cosa; sin ella no hay fuerza posible, y entonces sí se comprende el abatimiento incurable, la perenne resignación. Esta fuerza es la fe, el ensueño. Tú, pobre amigo mío, no tienes fe, no tienes ensueño. Lo tuviste y te lo mataron; tú mismo me lo

cuentas. Pues bien; para seguir viviendo necesitas de otro ensueño. ¿Nos matan uno? Pues á fabricarnos otro. Hombres y mujeres somos iguales en esto. Los niños se morirían de tedio si cuando pierden un juguete no tuvieran otro con que reemplazarlo. Ya ves: yo también tenía mi juguete... Pero un día se me fué de entre las manos y tuve que fabricar otro á mi manera, como mejor pude. ¡Qué feliz era yo cuando veía! Cuando me quedé ciega, ¡qué pena, Dios mío! Y, sin embargo, me fuí acostumbrando y hoy ya no me importa ver... ¡todo lo veo dentro de mí! Me dirás que es un engaño el mío, que las cosas que veo en mi interior no son, ni mucho menos, las reales, las que existen... Es posible que tengas razón. Pero ¡no importa! La cuestión es vivir. ¡Quién sabe! ¡Tal vez si mis ojos recobrasen la vista, al ver que las cosas no son tan bellas como yo las imagino, me moriría de pena. El ensueño es la vida. Los soñadores, los que tenemos los ojos ciegos—poetas, santos, enamorados, mártires—, somos, á nuestro modo, los felices. ¿Que no vemos la realidad? ¿Que el mundo no es así? ¿Y qué necesidad hay de ver el mundo tal cual es, si su conocimiento no ha de traernos la felicidad? Los ciegos son los felices: el mundo es para ellos lo que quieren que sea. Hunde los ojos en ti mismo y busca en tu interior la fuerza que necesitas. Debajo de ese abatimiento tuyo, de esa desesperanza, de esa amargura, alguna fuerza duerme, no lo dudes. Despiértala; haz que brote á la superficie y aprovéchate de ella para seguir andando... Mira: al principio de quedarme ciega hube de necesitar constantemente lazarillo que me guiase para no caer, para no tropezar. Ahora voy sola por todas partes. Lo mismo en la vida. Somos ciegos que necesitamos de lazarillo para todo. Sólo la fe, el ideal, nos guían, nos hacen andar sin ayuda de nadie. (*Y poniendo sus manos sobre sus hombros, añade*): De nuevo estás á las puertas

de la vida. Estás ciego también; pero no importa. Camina hacia adelante, á conquistar tu vida, á hacerte un camino nuevo, á ser un hombre... ¡Anda! Yo te esperaré, yo te guío desde aquí, yo te guío...

DANIEL.—¡Acacia!... No me engañó el corazón. Sabía que habían de recogerme tus brazos leales, pese á mi traición, pese á mis maldades, pese á todo. ¡Qué santa eres! ¡Qué alta te veo, qué lejana, qué inaccesible! En medio de mi traición, á través de mis días ingratos, no me olvidé de ti nunca, eso no, en esto no te engaño. Tu imagen se me aparecía siempre, santa y dulce, en mis horas de amor criminal no para acusarme ni para avergonzarme, sino para infundirme, como ahora, valor, fe, confianza, con esa sonrisa eterna de tus labios, donde flota toda la luz que falta en tus ojos. ¡Acacia! ¡Santa mía!... Tu sonrisa fué siempre mi consuelo en mis horas crueles. Siempre que cometía una mala acción, la conciencia me gritaba: «¡Ay, si tu santa te viera ahora!» ¡No, no te merezco! Déjame que huya otra vez y para siempre. Mi arrepentimiento, mi vida, mi amor no son nada para ti... ¡No me esperes!... No volveré... Ni mi vida vale la pena de rehacerla ni acaso podría...

ACACIA.—¿Qué dices? Deber tuyo es rehacerla, rectificarla, no ya por mí, sino por ti mismo. ¿Qué menos vas á hacer por ti mismo? Anda á ganar tu pan y tu serenidad, el decoro de tu alma y la salud de tu voluntad. Volverás limpio y alegre, volverás sano y dichoso... Pero si el camino te asusta, si tan débil te ves que temes no poder con la carga, no te vayas... ¡quédate!... Aquí curarás de tus heridas, aquí aprenderás á laborar, aquí te harás un hombre nuevo... ¡Quédate!

DANIEL.—(*Dolorosamente, vencido por la generosidad femenina.*) ¡Acacia! ¿De qué esencia eres? ¿De qué barro divino te hizo Dios? No, no esperes que me quede... Marcharé... Marcharé á obedecerte, á rehacer mi vida, á buscar mi decoro... Marcharé. Con afán y sin tregua laborarán mis manos, purificaré mi voluntad, conquistaré mi pan, levantaré mi arte... y cuando ya me consideres digno de ti—aunque nunca lo sea—llámame, no me dejes solo, que sería dejarme sin Dios y sin culto, sin luz y sin vida. (*Cayendo de rodillas le besa las manos.*)

ACACIA.—(*Dulcemente.*) ¡Levanta! No tardarás en volver. Mi amor te acompaña... Mi corazón te guía... Yo, desde aquí, seguiré tus pasos. Siempre los seguí. Tú lo has dicho. Mi imagen se te aparecía. Yo, aquí sentada, tejiendo flores y esperanzas y recuerdos, te he seguido día por día... Iba adonde tú estabas, te veía, te veía siempre... Como ahora te veré, como ahora te veo...

DANIEL.—¡Acacia! ¡Santa mía! ¿Me ves de veras? ¿Ves de veras mi vergüenza, mi contrición, mi ansia de ser bueno y de ser hombre, mi amor por ti, mi amor por ti sobre todas las cosas?

ACACIA.—(*Con suprema dulzura, tomándole las manos.*) Sí, te veo... lo estoy viendo todo...

DANIEL.—Eso quiero, que me vean así esos pobres ojos, que son como dos estrellas dormidas... ¡Acacia! ¡Santa mía!... ¿Qué te pasa? ¿Qué sientes? (*Acacia desfallece. Daniel la sostiene en sus brazos.*)

ACACIA.—(*Balbuente.*) No es nada... no es nada... Es... ¡la felicidad!... ¡Miénteme! ¡Miénteme un poco! Dime que me quieres... que me has querido siempre... Lo necesito... ahora soy yo la débil... ¡Miénteme!... ¡Por favor!...

(*Sin voz y sin sentido desmaya su cabeza sobre el hombro del amado como una flor quebrada por el tallo.*)

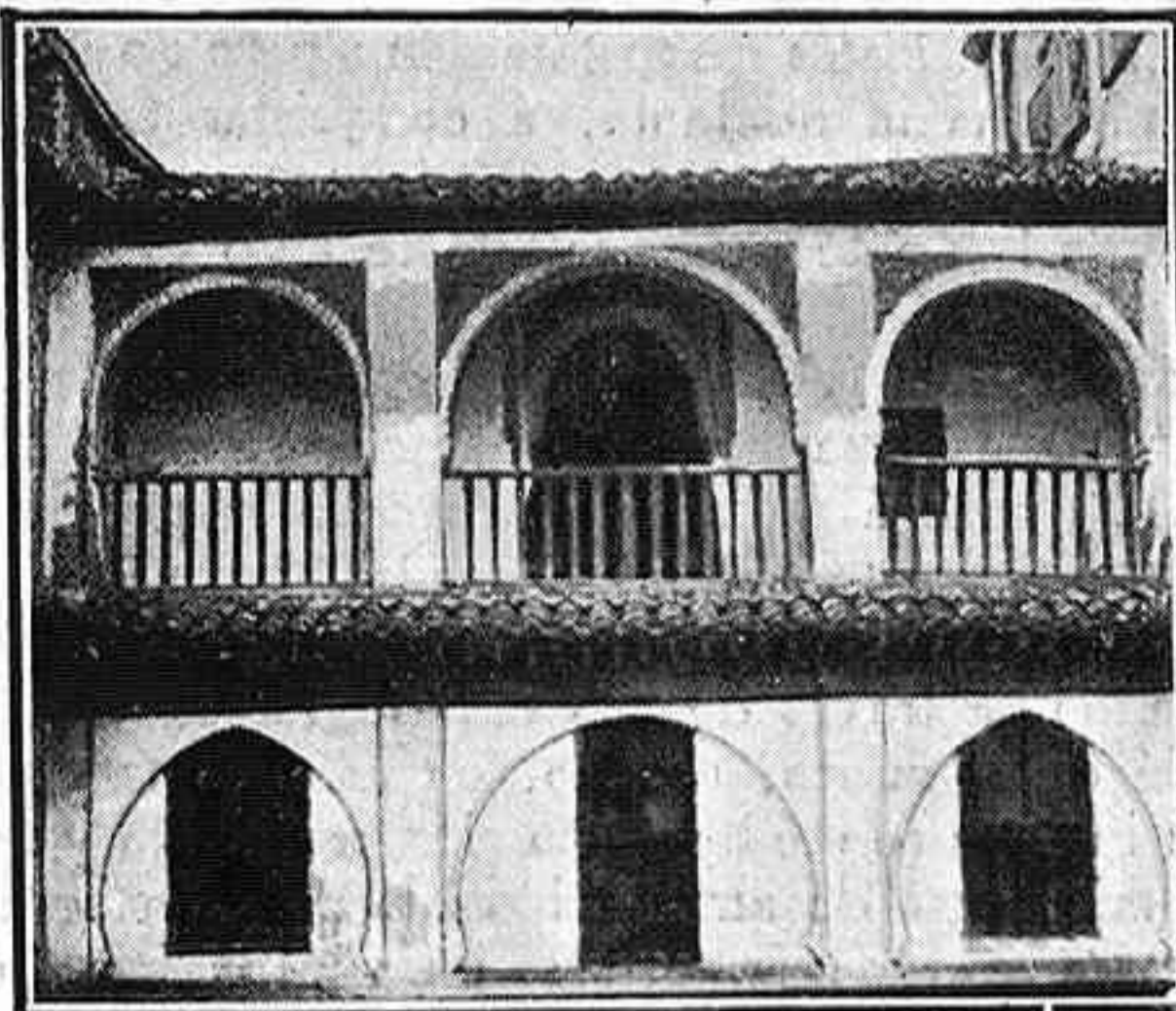
J. ORTIZ DE PINEDO

DIBUJOS DE ECHREA

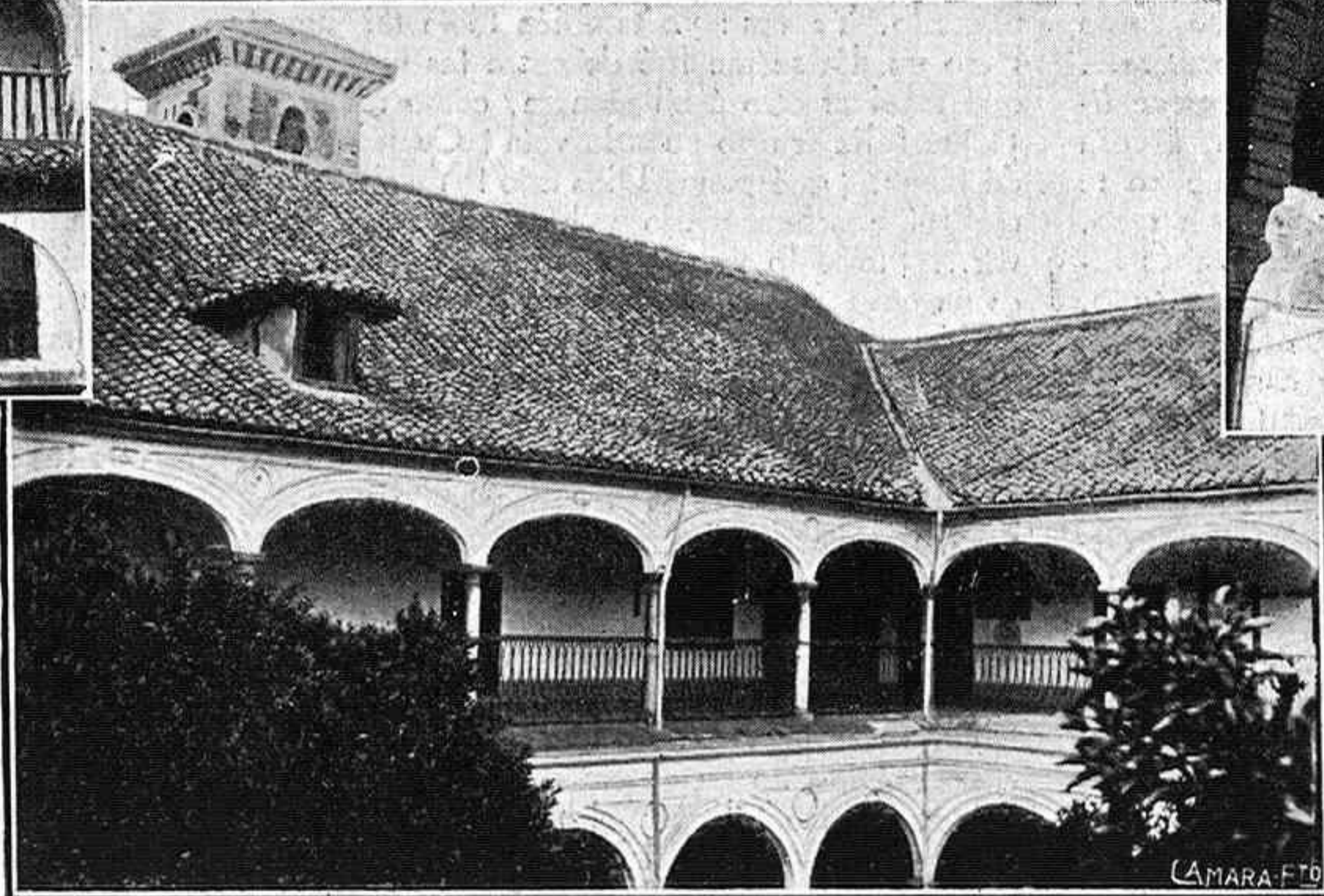


REVELACIONES

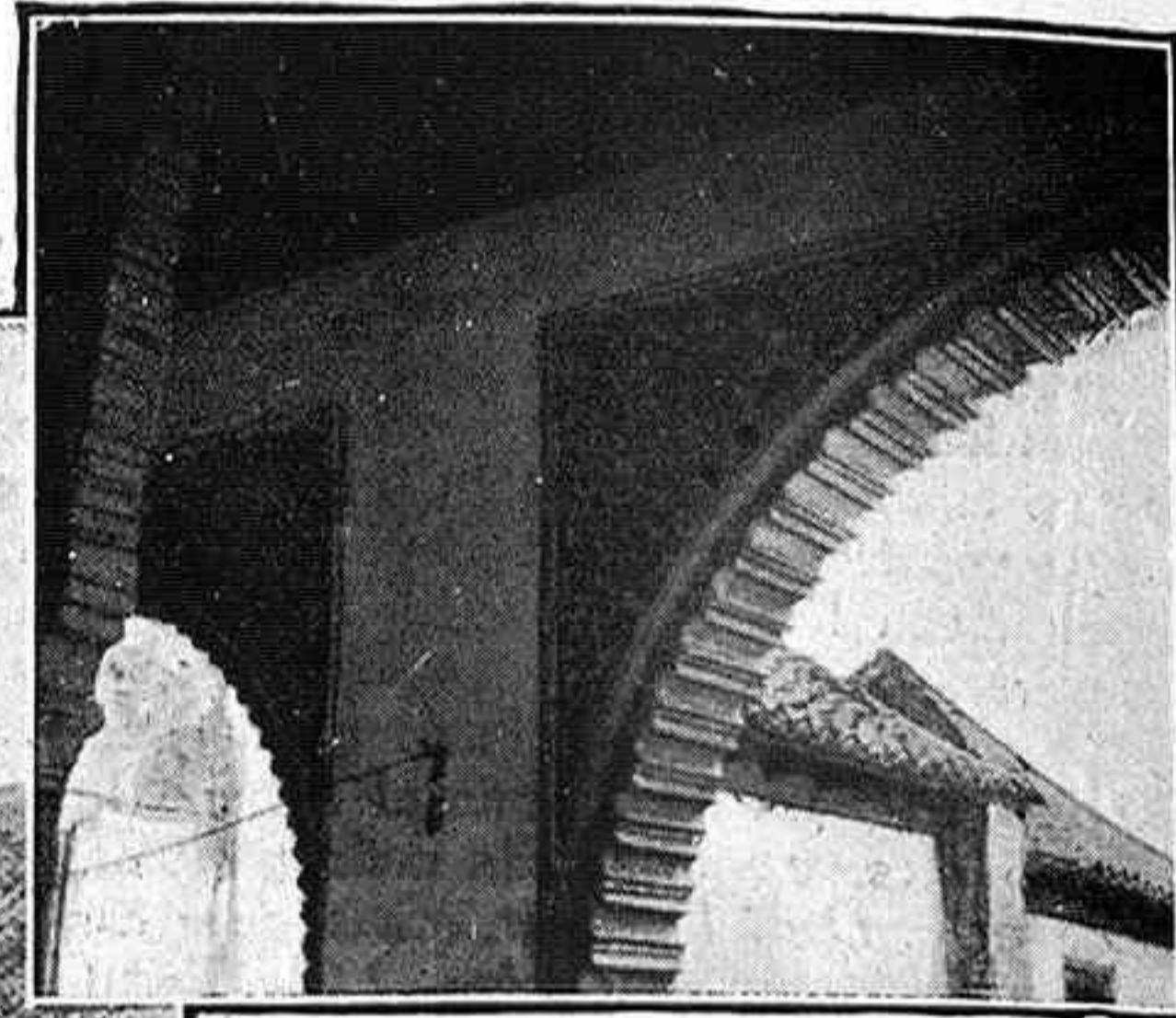
Santa Isabel la Real, de Granada



Palacio árabe dentro del Monasterio de Santa Isabel la Real



Claustro y patio de los Reyes de Santa Isabel la Real, de Granada  
FOTS. MORCILLO



Detalle de las galerías a ras del Palacio árabe de Santa Isabel la Real

Muy mentado es en Granada el convento de Santa Isabel la Real. En la ciudad de los orgullos históricos hay una unción de ambiente por todas partes, por donde pusieron sus plantas y sus manos y su espíritu y su vida los señores reyes D. Fernando y Doña Isábel.

A los que suben al Albaicín buscando notas de color, el *compás* (así llaman al cercado que rodea a la iglesia) les inspira una luz de melancolías y de silencios. Es un recogimiento de huerto parroquial, en donde crecen las flores y las hierbas como señoras y dueñas y en donde por singular excepción artística da realza la portada de arcos lobulados y de asomos platerescos.

¡Para cuántos el convento de Santa Isabel la Real no tiene más que el *compás*!

Es una fundación de los Reyes Católicos, uno de aquellos sentidos ofertorios de su fe y de su *franciscanismo*. Es un monumento de historia. Las tradiciones y las leyendas, y aun las fantasías moriscas, han puesto allí sus escenarios. Nuestros románticos literarios hicieron pasar por el palacio morisco Dal-alhorra la interesante figura de la cautiva y sultana Zoraya y por aquellos claustros monjiles á Isabel Solís.

ooo

Todos esos misteriosos sentidos se pueden vivir ¡qué intensidad de intuiciones!

La historia, los reyes, el palacio de los moros allí dentro, las tradiciones, las obras de arte refugiadas en el singular monasterio, todo se puede vivir en una más acicatada emoción.

¿No has sentido deseo de saborear la impresión de lo ignoto, de lo cerrado, queriendo ver por dentro un convento de monjas?

Yo he entrado por la clausura del convento de Santa Isabel la Real de Granada.

Por el torno di el permiso arzobispal. La tornera ha ido á llevarlo á la Madre Priora; se ha ido lejos, muy lejos. Esa lejanía de la clausura que se parece á lo alargador de las distancias por la noche. Se reunieron las Madres graves, revisaron mi pasaporte y me dijo la tornera por el torno: —Vaya usted á aquella puerta grande —la puerta del convento.

A poco se sintieron detrás de la puerta unos leves ruidos, raspear de sayales y de cuentas de rosario. Se descorrieron los cerrojos y mayestáticamente las vueltas de la cerradura; se abrió gruñonamente la puerta.

Las monjas franciscanas en formación, cubriendo su cara con un velo negro tupido. Me reciben amablemente y se pone en marcha la comitiva, yendo delante una monjita que sin descanso hace sonar una campanilla para aviso de la vida del monasterio, interrumpida su paz y su silencio por gente del mundo.

El patio de los Reyes Católicos, áiroso ejemplar de los patios granadinos, de fineza de líneas y arcos ligeros, sobresaliendo de los tejados la torre. En los ángulos los naranjos. En el corredor alto las cruces grandes de roble.

No puedes, lector, ir paso á paso conmigo. Pronto en más extenso trabajo te daré un historial completo de Santa Isabel la Real.

ooo

Antes de entrar en el coro bajo ha cesado la campanilla que alborotaba el convento á nuestro paso. Yo empecé á inquirir; mi visita tenía una segunda parte, y tan buena como la primera.

En un Memorial de limosnas y donaciones he-

chas al convento de San Antonio de Granada, curiosísimo testimonio de muchas obras de arte que al demolerse aquella casa se refugiaron en otros monasterios, yo he leído noticias que incitaban á interesante investigación.

Hay que decir que al Real de Santa Isabel habían ido á parar muchas esculturas religiosas del desaparecido convento de San Antonio.

Pues bien, en el Memorial se anota que por el año de 1651 se hizo donación al convento de un *Niño Jesús maravilloso*, y más adelante se dice que D. Pedro Manrique dió al convento de San Antonio una *imagen del Niño Jesús hechura del racionero Cano*.

Al oírme hacer relación de estas cosas, la buena Madre Priora, con insinuante invitación á pasar al coro bajo, me decía:

—Mire usted, señor, aquí tenemos un Niño Jesús, que es mi vida, muy hermoso. Quizás sea el que viene usted buscando.

Y pronto me mostraba el hermoso Niño, cargado de vestiduras y piadosamente adornado de collares y símbolos y cortada su cabeza con las líneas de nimbos y potencias.

vándose soberana del atosigamiento de los ropajes, revelaba una alhaja.

Y atajando los pensamientos y las palabras de la buena Priora, interrumpí nuestro silencio.

—Y diga usted, Madre, ¿me dejará usted desnudar á este niño?

Un momento breve de resistencia, de espanto.

—Sí, sí, con mucho gusto.

Las monjas huyeron; se congregaron en un rincón del patio de los Reyes. Y al oposito nos fuimos con aquel tesoro en brazos y empezamos y seguimos y casi no concluíamos quitándole mantos y mantillas y camisas y pantaloncillos blancos, ¡lo inmenso del afanoso infantilismo monjil! Cualquiera ridículo crítico diría que aquello era la reacción contra el desnudo artístico.

Las monjas en su rincón mirando al suelo; nosotros abismados en solemne mutismo delante de una escultura soberana, un prodigio, una maravilla; un niño de carne y hueso, un niño vivo, una creación gigante, genial..., ¡una revelación!

Recibíamos la intuición simple, indefinible de las obras maestras en la que no resalta nada por contraste de imperfecciones. Yo grité gritos de asombro y bendecía mi buena dicha, mi fortuna de estudio. Ese saboreo que llena el alma: nadie lo había visto, sólo nosotros...

Mi amigo D. Ramón Morcillo, que sabe lo que trae entre manos, hizo varias fotografías, y también logró una finísima placa en color.

¡Aquella carne se mueve!

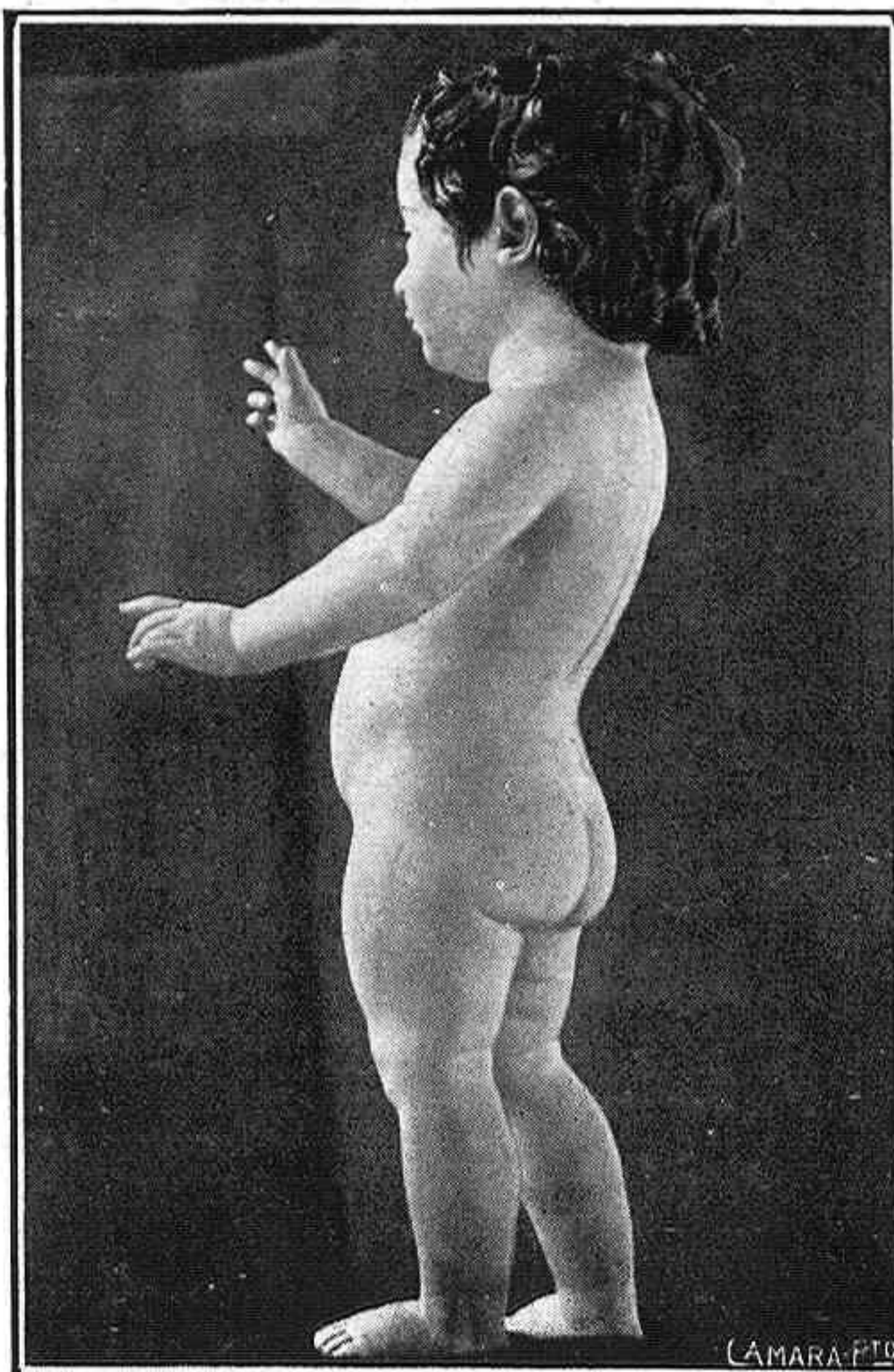
Alonso Cano, el maestro de nuestros imagineros, quiso dejarnos esa valentía de un desnudo que acabará con los repulgos de críticos de desnudo y consagrará para siempre la mano del insigne escultor granadino. Aquel hombre de la plástica del misterio que ponía su atisbo en desfigurar y borrar las líneas con cierto barroquismo del ropaje quiso también tallar á lo clásico un desnudo que llevase el sello del realismo español en ese Niño Jesús *de verdad*.

Volvimos á vestirlo; volvieron á nosotros las monjas y se llevaron al Niño al coro bajo para ser las delicias de sus amores.

Y me preguntaba la Madre Priora. Y yo le repetía: —Estupendo, una riqueza, un tesoro; guárdenlo como oro, no lo dejen fotografiar; ¡por Dios, que no se lo lleven á ningún Museo! El que quiera verlo que venga aquí, que se descalce y que paladee todo su secreto.

Entonces la Priora añadió: —¿Pero se olvida usted de que buscaba otro Niño? Véalo aquí.

Otra escultura notabilísima. Un Niño de talla con espléndido estofado y de legítima escuela granadina, quizás del mismo Alonso Cano; un Niño que llora, que hace pucheros con su boca divina; algo del embobamiento místico que Cano y sus discípulos pusieron en sus imágenes, firma y rúbrica española.



Niño Jesús, soberano desnudo, de Alonso Cano, descubierto por el Catedrático Sr. Berrueta

Granada, 1916.

MARTÍN D. BERRUETA





FACHADA DE LA IGLESIA DE SAN PABLO, DE VALLADOLID

FOT. HIRLSCHER

Este antiguo templo, que constituye uno de los más puros ejemplares del arte gótico, guarda en su interior incalculable número de joyas y reliquias de gran valor, que datan de los tiempos de Juan II hasta el retiro del duque Cardenal de Lerena. Sin embargo, lo más hermoso de la iglesia de San Pablo, lo más netamente representativo de su época, son la riquísima portada que publicamos en esta página y la grandiosa nave principal

# DOS ABISMOS



Meditabas callando junto al mar de esmeralda coronado de brumas y las ondas fugaces te bordaban la falda con escafes de espumas.

Eras como una esfinge que labraron los siglos sobre la roca altiva donde finge la Noche gigantes y vestiglos á los que da sus besos el agua fugitiva.

Eras una sirena que esperaba traidora, asomada á la hondura de los inciertos mares, la ambicionada prora



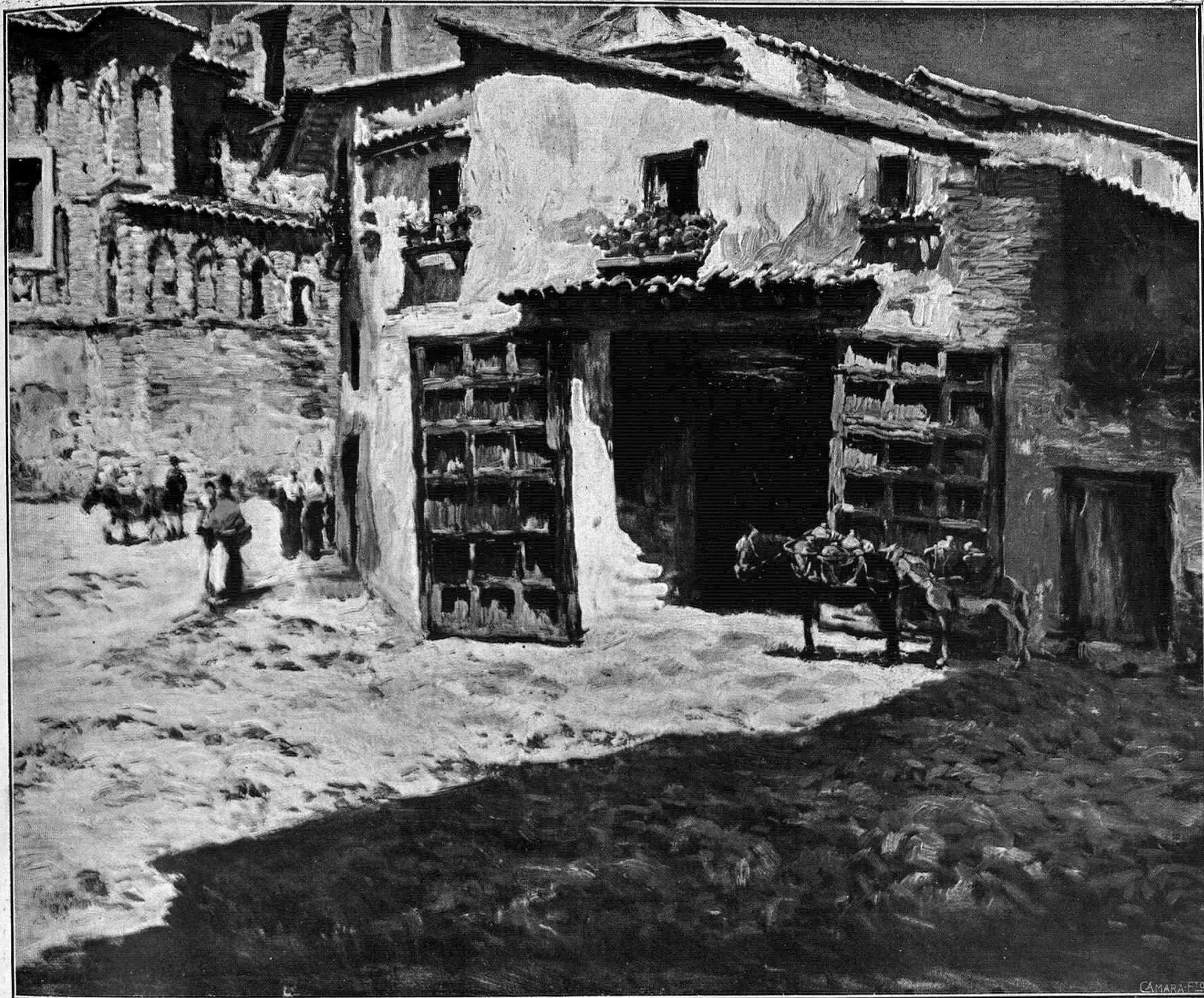
de un bajel que acudía al son de tus cantares.

Acaso adivinabas los abismos sin fondo donde el mar ignorado esconde su traición, infierno de pasiones, laberíntico y hondo como tu corazón.

Y el espejo bruñido de las aguas tranquilas con ondas que tejían encajes de cristal eran como el sereno lago de tus pupilas brillando entre las sombras como un torvo puñal.

DIBUJO DE LOYGORRI

José MONTERO



## EL PAISAJISTA ENRIQUE VERA

RECIENTEMENTE ha celebrado en San Sebastián una exposición de sus obras Enrique Vera. Esta nueva exhibición de cuadros del ilustre paisajista toledano ha venido á consagrar, de un modo ya definitivo, el prestigio que disfruta por derecho propio.

En el actual renacimiento estético de la pintura de paisaje en España tiene Enrique Vera importante significación. Se acerca á la naturaleza con temblorosa ansia de enamorado y con seguridades de iniciado en la panteista religión. Ama por igual las cumbres bravías y las llanadas yermas, los mares azules y extensos bajo el sol y los rincones plácidos, sombríos, donde el misterio y el olvido tejen estrofas melancólicas.

Sin embargo, dentro de este eclecticismo en la elección de ambientes y asuntos, que se traduce, como es lógico, por una gran diversidad de procedimientos técnicos, Enrique Vera siente innegable preferencia por Toledo.

Nacido en la imperial ciudad, á ella ha consagrado todos sus entusiasmos y en ella reside habitualmente. El alma encantada de la ciudad-relicario está en los cuadros de Enrique Vera.

Están los suburbios de tierra rojiza, sangrienta, de rocas austeras y bravas; están las márgenes evocadoras del Tajo, ancho y profundo; los templos y palacios dorados por el sol y por el tiempo; las calles sugeridoras de otros siglos en las noches de luna; los barrios populares con toda su abigarrada y multicolor alegría; el cielo azul, sereno, tendido como un palio de paz y de belleza en su in-



ENRIQUE VERA  
Ilustre pintor toledano

alterabilidad sonriente. Viva, espontánea, jugosa, brota la sensación de la naturaleza en estos cuadros. El alma toledana, que tantas ilustres plumas enaltecieron, se ofrece aquí con la desnudez altiva y sana de una doncella castellana. Aun sólo por estos lienzos exaltadores de Toledo, merecería Enrique Vera un efusivo elogio.

Pero hay más todavía. Están las visiones de Italia, de Austria, de Portugal, los aspectos de otras regiones españolas, que con la misma fidelidad interpreta.

De ellas sobresalen las páginas portuguesas. Rías mansas, tranquilas, adormecidas bajo la bruma; marinas de un azul penetrante que contrasta con los cadmios de la playa en que estallan las blusas rojas y azules de marineros y pescadores; estuarios en cuyos cristalinos fondos bogan lentas las nubes encobrecidas de los vésperos... Y los otros sitios de viejos castillos románticos y de jardines señoriales, galantes como los franceses de «Le Notre».

En cuanto á la técnica de Enrique Vera, responde, según digo antes, á los diversos ambientes que interpreta. Predomina, no obstante, la pincelada amplia, sobria, segura, los gruesos de color que dan una materialidad casi sólida á los primeros términos, que realza más aún la ligereza y la suavidad de toque en los últimos.

Tal es la personalidad de este joven é ilustre paisajista que ha renovado sus laureles en la capital donostiarra.

S. L.

# UNA BODA ARISTOCRÁTICA



La novia, la bellísima señorita María del Carmen López de Carrizosa y Martel, hija de los marqueses del Mérito y Valparaíso, acompañada de sus damas de honor, las encantadoras señoritas de López de Carrizosa, Viana y Albornoz

Las casas que representan los marqueses del Mérito y los duques de Santoña han quedado unidas con el enlace de la encantadora señorita María del Carmen López de Carrizosa y Martel y el joven D. Juan Manuel Mitjans y Murrieta, hija ella de los insignes aristócratas andaluces y el primogénito de los ilustres próceres montañeses. La boda se celebró en el que fué Monasterio de Jerónimos, en Córdoba, y hoy es suntuosa morada de los marqueses del Mérito y Valparaíso, siendo representados como padrinos SS. MM. los Reyes Don Alfonso y Doña Victoria y acompañando á los novios las más distinguidas personalidades de la aristocracia española. El Monasterio presentaba el aspecto reservado á las mayores solemnidades desde los rancios tiempos de su fundación por el venerable Fray Vasco de Sousa. Las paredes del viejo templo estaban cubiertas por los reposteros heráldicos de



Los novios, Srta. María del Carmen López de Carrizosa y D. Juan Manuel Mitjans y Murrieta, primo zenito de los duques de Santoña, con los padrinos, el marqués del Mérito y la marquesa de Manzanedo

FOTS. MARÍN

la casa de Mérito y Valparaíso. En el altar, espléndidamente iluminado, fué colocado un hermoso crucifijo antiguo de la casa de Torres-Cabrera. Bendijo la unión el capellán de la casa de Santoña, y representaron á los Reyes, como padrinos, la marquesa de Manzanedo, abuela del novio, y el marqués del Mérito, padre de la novia, siendo testigos, por parte de la gentil María del Carmen, los marqueses de la Torrecilla y de Viana y los señores Albornoz, Martel, Garbey y López de Carrizosa, y por la de Juan Manuel Mitjans el duque de Lécera, los condes del Rincón, Andes y Mejorada y los Sres. Loygorri y Serna. La novia se adornaba con un rico vestido de tisú de plata, de larga cola, y el novio vestía el uniforme de gentilhombre de S. M. Como damas de honor, ataviadas á la moda del siglo XVI, asistían á la novia las señoritas de Viana, López de Carrizosa y Albornoz, amigas de la desposada.

# INTERPRETANDO A BÉCQUER



Yo de ternura guardo un tesoro...

Yo soy ardiente, yo soy morena...

Yo soy un sueño, un imposible...

No hay en nuestra literatura nada tan sentimental como esta figura de Gustavo Adolfo Domínguez Bécquer. Lo mata en plena mocedad el ambiente. No se muere de su enfermedad, sino de la enfermedad de vulgaridad de cuantos le rodean. Llega a Madrid en 1854, cuando acaba de triunfar una algarada militar dirigida por O'Donnell. La España vacua y palabrera está alborozada porque aquella lechigada de políticos que rodean al militarote triunfante le ha prometido transformar la nación; se pide un empréstito y un presupuesto extraordinario; se va a construir una formidable escuadra; se va a edificar escuelas, a trazar carreteras, a embalsar y canalizar ríos y pantanos... Es la revolución desde arriba. En España los hechos y las palabras se repiten con una insistencia y una esterilidad abrumadoras. Por lo pronto, aquel Gobierno de Unión Constitucional renovó el mobiliario de los ministerios y en las bien llamadas covachuelas lucieron á porrillo relojes y candelabros de bronce que debieron de comprarse por centenares, á juzgar por los que quedan todavía sobre las chimeneas de la Presidencia y de Hacienda, Gobernación, Gracia y Justicia, Marina, Estado y Guerra... Esto, y cuatro malos barcos, fué todo lo que España sacó de la revolución de 1854. ¡Ah!, y el haber hecho ministro de Fomento al marqués de la Vega de Armijo por haber servido de cochero al General cuando pudo escaparse de los sótanos de la imprenta que tenía D. Pascual Madoz...

Así es España, y á esta España llegó Bécquer con su inexperiencia, con su candor, con su sentimentalismo, con sus ilusos enamoramientos... No podía hacer otra cosa mejor que morir. Hubiera compuesto una oda al General y aun, sin eso, hubiese sido altisonante y palabrero y hubiera encontrado aquel cómodo y vergonzoso vivir del Estado con el que se encanalla toda una generación literaria, entre pícaro y hampona; pero el pobre Bécquer no acertó á hacer ni eso. Cuando la generosidad y el talento de Gasset y Artime funda para él y para Valeriano, el pintor, una revista literaria, *La Ilustración de Madrid*, ya ambos hermanos están heridos de muerte. Tres meses separan la desaparición del uno y del otro; el tiempo preciso para que Gustavo encuentre en la calle de la Montera á Castro y Serrano, le haga entrar en el Ateneo y, contándole cómo murió Valeriano, le dé asunto y emoción para escribir la única página que quedará de aquel literato empalagoso y vacío que comía y gozaba bien y pasaba entre los aristócratas por un árbitro de las elegancias del idioma.

Así, el mismo Rodríguez Correa, que con sus *Rosas y perros* y sus chistes ridículos llega á Consejero de Estado, que se pavonea protegiendo á Gustavo y á Valeriano, que les busca

ba traducciones y otros trabajos pagados en cobre, no sabe de qué mueren estos muchachos, tan soñadores, tan ilusos, que cuando reúnen unas monedas van á encerrarse en el monasterio de Veruela, en lugar de hacerse unos lindos futraques y enamorarse con sus rimas y sus dibujos á las meretrices que llenan el Palacio Real y los salones de la aristocracia.

Se mueren Gustavo y Valeriano de que no eran de aquella España, de asfixia moral, de inadaptación, que dirían los arribadores de nuestros tiempos, estos tales que atribuyen sus triunfos á los resones de la voluntad, como si la voluntad sirviera de algo cuando se ve regida por los escrúpulos de la integridad moral.

Así, no encontráis una sola poesía de Gustavo que sea española, netamente española; todo ello pudo cantarse en italiano, en francés, en alemán, ofreciéndose el contraste de que Valeriano, en cambio, es el pintor más netamente español de su época. Pero es el pintor español del bajo pueblo de Castilla; de una España de la que quedaban rezagos en las carreteras y en las ventas y en las ferias aldeanas. Así, ambos vivían en Madrid expatriados, desterrados de una

patria ideal, de una tierra de promisión á la que no pudieron arribar.

Gustavo ve morir á su hermano y se siente él mismo morir y reúne apresuradamente sus rimas y sus prosas, escritas atropelladamente, para llenar huecos en los periódicos, para cobrarlas miseramente, y las publica en unos tomos para salvarlas la vida, para que no mueran también. «Tal vez muy pronto—dice él mismo—tendré que hacer la maleta para el gran viaje. De una hora á otra puede desligarse el espíritu de la materia para remontarse á regiones más puras. No quiero, cuando esto suceda, llevar conmigo, como el abigarrado equipaje de un saltimbanco, el tesoro de oropeles y guiñapos que ha ido acumulando la fantasía en los desvanes del cerebro.» Y antes, condensando toda la manera de su ser en unas palabras, había escrito: «Me cuesta trabajo saber qué cosas he soñado y cuáles me han sucedido »

Así, de este legado, que no es más que la iniciación de la obra que Bécquer pudo haber realizado y hubiera realizado, que no eran más que «las ignoradas notas que contenían el arpa vieja y cascada ya»... España puede arrogarse la exterioridad del idioma, la forma material, el metro y el ritmo, pero no el espíritu, que no es germano ni es de Heine, pero que tampoco es genuinamente español. Tampoco son españolas las mujeres que crea Bécquer. Valeriano concibe á Ofelia y la pinta cuando su hermano se la retrata,

Como la brisa que la sangre orea sobre el obscuro campo de batalla...

pero no hay otro pintor español que interprete aquellas enamoradas del poeta que le llaman diciéndole: «Yo soy morena... Mis trenzas son de oro... Yo soy un sueño...» Lo han hecho unos dibujantes yanquis. Nosotros, leyendo las rimas de Bécquer, habíamos concebido otras mujeres. La imprecisión con que el poeta las hace surgir, y la universalidad de su pensamiento, logra que cada cual componga con las mismas palabras de la rima los rostros de las mujeres que fueron la realidad de sus amores ó la idealidad de sus ensueños.

Peró ya que los admirados Alvarez Quintero rindiéron á Bécquer el homenaje que Sevilla olvidara, pudiera ahora la más excelsa y abundosa cuna de grandes varones que tiene España hacerse perdonar su abandono, creando en una de las salas de su Museo provincial como un nido de amor donde se refugiaran las mujeres que soñó Bécquer, presididas por la Ofelia que pintara Valeriano y que no sería difícil encontrar. ¿Qué pintor se negaría á dar vida á aquellas gimientes amadoras que encendían la inspiración del más grande y entero poeta que ha tenido España?



GUSTAVO ADOLFO BÉCQUER

DIONISIO PÉREZ



FUNDADORES DE ESTADOS  
**ALEMANIA □ CARLOMAGNO**

El mayor de los hijos del Rey franco Pepino el Breve, el que andando el tiempo había de fundar el Imperio de Occidente y aplicarse el sobrenombre de Carlomagno, recibió como herencia al morir su padre, en 768, la Austrasia, la Neustria, y la Aquitania occidental, mientras su hermano Carlomán se quedó con la Borgoña, Provenza, Aquitania oriental, Gotha, Alemania, la Turingia y Hessen, ó sea gran parte de lo que constituye la actual Alemania.

No reinó gran armonía entre los dos hermanos pero la prematura muerte del menor de ellos (771) hizo que no llegaran á romperse las hostilidades entre los partidarios de ambos príncipes, pasando la herencia de Carlomán á engrandecer los Estados que Carlos poseía.

Uno de los hechos más salientes del reinado de este ilustre Príncipe fueron, sin duda alguna, las expediciones á Italia contra el Rey lombardo Desiderio, cuya hija Deseada había repudiado Carlomagno. Este fué llamado por el Papa Adriano I, teniendo lugar su primera expedición hacia el 773. Desiderio fué sitiado en Pavia y hubo de capitular al rey franco, el cual le obligó á encerrarse en un Monasterio haciéndose coronar como rey de los lombardos.

En 776, 780 y 786, Carlomagno repitió sus correrías por Italia acabando por conquistar toda la región ocupada anteriormente por los lombardos, sometiendo además el ducado de Benevento.

En sus guerras con España el príncipe franco supo aprovecharse de las rivalidades existentes entre los jefes árabes; entró en la Península en 778 y tomó Pamplona á las tropas agarenas que la defendían, siendo al regreso de esta expedición cuando la retaguardia de su ejército fué deshecha por los vascos en el paso de Roncesvalles. Continuando su campaña contra los moros, se apoderó de las Baleares en 791 y entró por asalto en Barcelona en 801.

Sus guerras contra los sajones fueron interminables. Realizó la primera expedición hacia el año 772; los westfalianos fueron sometidos en 775, y hacia 777 consiguió implantar el Cristianismo entre los belicosos habitantes de Sajonia.

Pero las sublevaciones de estos últimos obligaron á Carlomagno á adoptar medidas de extremo rigorismo, pues los guerreros de estos pueblos germánicos, dirigidos por su jefe Witikind, ocasionaron más de un descalabro á las tropas imperiales.

Carlomagno, creyendo aterrorizar á sus indó-

mitos vasallos, mandó pasar á cuchillo en Verden á 4.500 sajones prisioneros, pero esta cruel medida, lejos de calmar los ánimos de los germanos, hizo que la insurrección se hiciera general entre los pueblos alemanes.

Carlomagno y sus generales, tras porfiada contienda, lograron en 785 dominar por fin á los sajones, cuyo jefe Witikind se sometió al vence-

Tassilo tuvo que humillarse ante su vencedor y pedir la paz. Esta le fué concedida generosamente por su primo, mas habiéndose sublevado nuevamente al poco tiempo, fué baido totalmente por Carlomagno que le recluyó en el Monasterio de Jumieges.

La sangrienta campaña que sostuvo también el emperador franco contra los ávaros de Hungría, terminó en 791 con el bautismo de su jefe Judam en Aix-la-Chapelle.

Durante estas campañas no faltó nunca á Carlomagno el apoyo del Papa Adriano I, y al morir éste en 795, su sucesor León III siguió pres-tándole al igual que su antecesor.

El día de Navidad del año 799, el Papa León III, agradecido á los favores prestados al pontificado por el monarca francés, colocó solemnemente la corona imperial á Carlomagno, en la basílica de San Pedro de Roma.

Intentó entonces Carlomagno ser reconocido universalmente como Emperador único y sólo jefe de todos los ejércitos, así como el soberano pontífice era jefe único de la Iglesia, pero el soberano del Imperio de Oriente se negó á secundar las intenciones del príncipe franco, por lo que tras largas negociaciones, que algunas veces hicieron temer una ruptura de hostilidades, se llegó al acuerdo de que Carlomagno sería reconocido como soberano del Imperio de Occidente, y por su parte el de Constantinopla continuaría con el título de Emperador de Oriente.

Murió Carlomagno en 814, legando su extensísimo Imperio á su hijo Luis, *el Piadoso*, único varón legítimo que le quedaba á pesar de haberse casado cinco veces durante su largo y glorioso reinado.

Todos los historiadores están conformes en dar al soberano franco el primer lugar en los cuadros de reyes y emperadores que se han sucedido en Alemania, considerándole bajo tal concepto á partir de la fecha de su coronación como Emperador de Occidente.

Aparte de esto no cabe duda que Carlomagno contribuyó en gran manera á vigorizar espiritualmente de tal modo la nacionalidad alemana que al recaer la corona en su hijo y sucesor Luis, *el Piadoso* (814-840) y repartirse el Imperio por el Tratado de Verdún entre los nietos de Carlomagno (843), el reino oriental de los francos (germánico), separado del occidental (latino) por la Lorena, pudo declararse independiente y comenzar á vivir historia propia.

C. URBEZ



CARLOMAGNO

tor y recibió el bautismo juntamente con varios partidarios en Attigny. Después de dominada esta rebelión tuvo que combatir la de los bávaros, á los que audillaba Tassilo, primo del soberano franco.

La guerra volvió á encenderse de nuevo con este motivo, hasta que en 787, sitiada la ciudad de Augsburgo, último baluarte de los rebeldes, fué tomada por las tropas imperiales que obligaron á rendirse á sus defensores.

**BELLOS RINCONES DE ESPAÑA**



Barcas pesqueras en el muelle de La Escalada (Gerona)

FOT. ESPINAL